



Visita

al territorio de

Georges Simenon



Bouin soltó el periódico, que tras desplegarse sobre sus rodillas fue deslizándose lentamente antes de aterrizar sobre el parquet encerado. De no ser por la estrecha ranura que de vez en cuando se dibujaba entre sus párpados, se habría dicho que acababa de dormirse.

¿Engañaba con ello a su mujer? Marguerite tricotaba sentada en su sillón bajo, junto a la chimenea. Nunca parecía que lo observara, pero él sabía desde hacía tiempo que nada se le escapaba, ni siquiera el temblor apenas perceptible de uno de sus músculos.

En la acera de enfrente, una cuchara bivalva con mandíbulas de acero se precipitaba desde lo alto de la grúa y golpeaba pesadamente el suelo, cerca de la hormigonera, provocando un ruido de chatarra. A cada golpe, la casa temblaba y la mujer se sobresaltaba y se llevaba la mano al pecho como si ese ruido, pese a haberse convertido en algo cotidiano, le llegase hasta lo más profundo de las entrañas.

Se observaban el uno al otro sin necesidad de mirarse. Hacía años que se escrutaban de manera solapada, e iban aportando a ese juego nuevas sutilezas.

Una sonrisa afloró en el rostro del hombre. El reloj de mármol negro con adornos de bronce señalaba las cinco menos cinco; parecía que contara los minutos y los segundos. En realidad, los contaba de forma mecánica, a la espera de que la aguja grande se pusiera en posición vertical. Entonces los ruidos causados por la hormigonera y por la grúa cesarían de repente. Los, obreros, que llevaban impermeables de hule y cuyos rostros y manos chorreaban el agua de la lluvia, se quedarían un momento inmóviles antes de encaminarse al barracón de tablones que se alzaba en una esquina del solar.

Corría el mes de noviembre. Desde las cuatro de la tarde los hombres trabajaban a la luz de los focos, que ahora ya no tardarían en apagarse. Cuando eso sucediera, se harían repentinamente la oscuridad y el silencio, y en el callejón no quedaría ya más luz que la de una solitaria farola.

Émile Bouin tenía las piernas entumecidas a causa del calor. Cuando entreabría los ojos, veía las llamas que desprendían los leños de la chimenea, amarillas las unas y azuladas en la base las otras. La chimenea era de mármol negro, como el reloj de pared y los candelabros de cuatro brazos que la flanqueaban.

Salvo las manos de Marguerite, en continuo movimiento, y el tenue entrecuchar de las agujas de hacer punto, en la casa reinaba la misma tranquilidad y silencio que en una fotografía o en un cuadro.

Las cinco menos tres minutos. Menos dos. Los obreros empezaron a dirigirse, lenta y cansinamente, hacia el barracón para cambiarse, pero la grúa seguía

funcionando, de modo que la cuchara bivalva se elevó por última vez con su carga de cemento hacia el encofrado que señalaba el primer piso de la construcción.

Menos un minuto. Las cinco. La manecilla del reloj se estremeció, vacilante, sobre la esfera descolorida, y se oyeron cinco toques espaciados, como si en esa casa todo fuera lento.

Marguerite suspiró y aguzó el oído para captar el súbito silencio del exterior, que se prolongaría hasta la mañana siguiente.

Émile Bouin estaba pensativo. Contemplaba las llamas a través de los párpados entornados, al tiempo que esbozaba una vaga sonrisa.

El leño que se hallaba arriba del todo ya no era más que un esqueleto ennegrecido del que ascendían hilillos de humo. Los otros dos aún estaban al rojo vivo, pero unos crujidos anunciaban que no tardarían en desplomarse.

Marguerite se preguntaba si Émile se levantaría, cogería más leños del cesto y los colocaría en la chimenea. Ambos estaban acostumbrados al calor del hogar, y disfrutaban de él hasta que sentían una picazón en la cara y se veían obligados a retirar un poco el sillón.

A Bouin se le ensanchó la sonrisa: no estaba sonriéndole a su mujer.

Tampoco era el fuego la causa, sino una idea que le rondaba por la cabeza.

No tenía prisa por llevarla a cabo. Tanto él como su mujer disponían de tiempo, todo el tiempo que faltaba hasta que uno de los dos muriese. ¿Cómo saber quién se iría primero? Sin duda, Marguerite también debía de pensar en ello. Desde hacía varios años, ambos pensaban varias veces al día en lo que se había convertido en su problema fundamental.

Él también suspiró, y con la mano derecha, que antes reposaba en el antebrazo del sillón, buscó a tientas el bolsillo de su chaqueta de estar por casa, del que sacó un cuadernillo que desempeñaba un papel importante en la vida familiar. Las estrechas páginas tenían líneas punteadas que permitían desprender limpiamente trozos de papel de unos tres centímetros.

El cuaderno era de tapas rojas y llevaba un lápiz estrecho sujeto por un caracolillo de cuero.

¿Se había sobresaltado Marguerite? ¿Se estaba preguntando cuál sería el mensaje en esta ocasión?

Aunque ya se había acostumbrado a aquello, nunca lograba adivinar qué palabras garabatearía él. Bouin se quedó inmóvil adrede, con el lápiz en la mano, como si estuviese ensimismado.

No tenía nada que decirle; sólo pretendía turbarla, tenerla en vilo en el preciso momento en que el cese del estruendo de las obras le procuraba cierto alivio.

A Bouin se le ocurrieron varias ideas, pero las fue rechazando una tras otra. El ritmo de las agujas de tricotar había variado; Bouin había conseguido inquietarla, o por lo menos despertar su curiosidad.

Prolongó ese placer durante otros cinco minutos. Se oyeron los pasos de uno de los obreros que se encaminaba hacia el extremo del callejón.

Al final escribió con letras de molde: EL GATO.

De nuevo se quedó inmóvil unos instantes antes de volver a meterse en el bolsillo el cuadernillo del que había arrancado una tira de papel.

Luego dobló la hoja en pequeños trozos, como hacen los niños con el papel que lanzan con una goma. Pero él no necesitaba ninguna goma, pues había desarrollado una habilidad asombrosa y casi maquiavélica para aquel juego.

Colocaba el papel entre el pulgar y el dedo corazón. El pulgar se replegaba, doblado hacia atrás, y al extenderse de repente el mensaje salía disparado hasta el regazo de Marguerite. Nunca erraba el tiro, por así decirlo, y cada vez se regocijaba en su interior.

Sabía que Marguerite no chistaría, que fingiría no haber visto nada y seguirla tricotando, moviendo los labios como si rezase mientras contaba los puntos en silencio. A veces esperaba a que él saliera de la habitación o a que le diera la espalda cuando ponía nuevos leños en el hogar. En otras ocasiones, después de algunos minutos de indiferencia aparente, deslizaba la mano derecha sobre el delantal y se apoderaba del mensaje.

Aunque sus actos eran siempre más o menos los mismos, ambos solían introducir algunas variantes. Aquel día, por ejemplo, Marguerite aguardó a que todos los ruidos del solar en obras cesaran y a que el silencio invadiera el callejón en cuyo extremo vivían.

Como si ya la hubiese acabado, Marguerite dejó la labor sobre un taburete y, entornando los ojos también ella, pareció a punto de amodorrarse a su vez al calor de los leños.

Mucho tiempo después, hizo como si acabara de descubrir el papel doblado que tenía en el delantal y a continuación lo tomó entre sus dedos surcados por finas arrugas. Todavía podría haber parecido que fuera a tirarlo al fuego, que vacilara. Pero él sabía que aquello formaba parte de la comedia de todos los días y ya no se dejaba engatusar.

Hay niños que durante un periodo más o menos largo retoman todos los días y a horas fijas el mismo juego, sin perder su convicción aparente.

Representan un papel. A diferencia de esos niños, Émile Bouin tenía setenta y tres años y Marguerite setenta y uno. Otra diferencia residía en el hecho de que su juego duraba desde hacía cuatro años y que no parecían cansarse en absoluto de él.

En medio de la atmósfera húmeda y silenciosa del salón, la mujer desplegó por fin el papel y sin ponerse las gafas leyó las dos palabras garabateadas por su marido: «El gato».

Ella no rechistó y su rostro permaneció imperturbable. Había habido notitas más largas, más inesperadas, más dramáticas. Algunas planteaban un verdadero enigma.

Ésta era la más trivial y la que se repetía más a menudo cuando a Émile Bouin no se le ocurría otra maldad.

Después de tirar el papel a la chimenea, donde se elevó una pequeña llama que murió de inmediato, Marguerite se quedó inmóvil, con las manos sobre el regazo, de modo que en el salón ya no hubo más signos de vida que los emitidos por el hogar.

Cuando el reloj se estremeció y sonó una sola vez, como si se tratara de una señal convenida, Marguerite, una mujer baja y menuda, se levantó.

Llevaba un vestido de color rosa pálido, del mismo tono rosado que sus mejillas, y un delantal de cuadros azul pastel. En sus cabellos blancos aún se distinguían algunos reflejos rubios.

Con los años se le habían afilado los rasgos. Para quienes no la conocían, expresaban dulzura, melancolía y resignación.

«¡Esa mujer siempre ha valido mucho!».

Émile Bouin no saludaba este comentario con una risita burlona. Ni el uno ni la otra necesitaban ya de manifestaciones tan ostentosas de sus estados de ánimo. Les bastaba un temblor, un leve movimiento de las comisuras de los labios, un destello fugaz en las pupilas.

Ella miraba a su alrededor como si dudara acerca de lo que iba a hacer.

Pero él ya lo había adivinado, de la misma manera que en el juego de las damas se intuye qué ficha se dispone a mover el contrincante.

Bouin no se había equivocado: Marguerite estaba dirigiéndose hacia la jaula, una jaula grande de pie, blanca y azul con hilillos dorados.

En su interior había un loro de abigarrado plumaje. Y aunque permanecía inmóvil con la mirada fija, uno tardaba un rato en darse cuenta de que los ojos eran de vidrio y que el loro, posado en su vara, estaba disecado.

Pese a todo, Marguerite lo miraba con ternura, como si aún estuviera vivo, alargaba la mano y deslizaba un dedo a través de los barrotes.

Movía los labios como unos instantes antes, cuando contaba los puntos de la labor. Hablaba con el pájaro y casi parecía que fuera a darle de comer.

Él había escrito: *El gato*. Y ella le contestaba sin palabras: «El loro».

Aquella era la respuesta invariable cuando él la acusaba de haber envenenado al gato, a su gato, al que Bouin adoraba antes incluso de conocerla a ella.

Siempre que se sentaba frente al fuego, abotargado por las bocanadas de calor que le llegaban de los leños, se sentía tentado de alargar un poco la mano para acariciar al animal de suave pelaje estriado de negro que en el pasado iba a enroscarse sobre su regazo en cuanto él se sentaba. «Un vulgar gato callejero», repetía ella. Era la época en que todavía se hablaban, casi siempre para acabar enzarzados en una discusión.

Aunque no era un gato con pedigrí, tampoco se trataba de un gato callejero. Su cuerpo esbelto y flexible se desperezaba a lo largo de las paredes y los muebles como si fuera un tigre. La cabeza era más pequeña y triangular que la de los gatos domésticos, y miraba fijamente, de manera misteriosa.

Émile Bouin estaba convencido de que se trataba de un gato salvaje que se había aventurado por París. Lo encontró cuando aún era un cachorro, al fondo de un solar en construcción en la época en que aún trabajaba para el Departamento de Obras Públicas de París. Era viudo, vivía solo y el gato se convirtió en su compañero. En aquel tiempo aún había casas del otro lado del callejón, donde ahora estaban construyendo un gran edificio de pisos de alquiler.

Cuando cruzó la calle para casarse con Marguerite, el gato lo siguió.

El gato que Bouin había encontrado una mañana en el rincón más oscuro de la bodega. El mismo que murió envenenado al tomarse la comida que le preparó Marguerite.

El animal nunca llegó a acostumbrarse a Marguerite; durante los cuatro años que vivió en la casa de ella, sólo aceptaba la comida que le ponía Bouin.

Dos o tres veces al día, cuando oía el simple chasquido de la lengua que hacía las veces de señal, el gato seguía a su dueño a lo largo del callejón, como un perro amaestrado.

Hasta el día en que entraron en una casa nueva donde reinaban olores desconocidos, Bouin era la única persona que había acariciado al gato.

—Es un poco salvaje, pero ya se acostumbrará a ti...

Aun así, el gato no llegó a acostumbrarse. Desconfiaba y nunca se acercaba a Marguerite ni a la jaula del loro, un gran guacamayo de brillantes colores que no hablaba, pero que emitía unos chillidos espeluznantes cuando se enfurecía.

—Tu gato...

—Tu loro...

Marguerite era dulce, casi melindrosa. No costaba mucho imaginarla joven y esbelta, vestida ya entonces con tonos pastel, tocada con un ancho sombrero de paja y paseando poéticamente, sombilla en mano, por la orilla de un río. De hecho, en el comedor había una fotografía que la mostraba de esta guisa.

Seguía igual de delgada; sólo las piernas se le habían hinchado un poco, pero le sonreía a la vida de la misma forma meliflua como lo había hecho tiempo atrás ante el fotógrafo.

El gato y el loro, tan recelosos el uno como el otro, se limitaban a observarse de lejos con cierto respeto. Cuando el gato empezaba a ronronear sobre el regazo de su amo, el loro se quedaba inmóvil contemplándolo con sus grandes ojos redondos, como si ese sonido regular y monótono lo sumiera en la perplejidad.

¿Había advertido el gato el poder que ejercía sobre el guacamayo? ¿Acaso no lo espiaba con los ojos entornados y henchido de una dulce satisfacción?

Él no estaba enjaulado. Compartía el delicioso calor con su amo, quien lo protegía.

Al final, el loro, harto de darle vueltas a un problema sin solución, se ponía nervioso y montaba en cólera. Las plumas se estremecían, el cuello se le tensaba,

como si no estuviera entre barrotes y fuera a abalanzarse sobre su enemigo, y sus agudos chillidos retumbaban por toda la casa.

—Será mejor que nos dejes un momento —decía entonces Marguerite, refiriéndose a ella y a su animal. Y el gato, que sabía que iban a cogerlo y llevarlo al frío comedor donde Bouin se sentaría en un sillón distinto, se estremecía.

Mientras abría la jaula, Marguerite hablaba con una voz dulcísima, como si estuviera dirigiéndose a un amante o a un hijo. No necesitaba tender la mano.

Después de abrir la jaula, Marguerite volvía a sentarse en su sitio. El guacamayo examinaba la puerta cerrada del salón y aguzaba los oídos para cerciorarse de que no corría peligro alguno y de que los dos extraños, el hombre y su animal, ya no estaban allí para amenazarlo o burlarse de él.

Entonces se abalanzaba de un gran salto sobre el respaldo de una silla, pues no volaba. En dos o tres saltos, llegaba hasta su ama y se posaba sobre su hombro.

Ella no dejaba de hacer punto. El movimiento de las brillantes agujas lo tenía subyugado. Cuando se cansaba, frotaba el enorme pico contra la mejilla de la mujer y luego contra la piel más suave de detrás de la oreja.

—Tu gato.

—Tu loro.

Así transcurría el tiempo: Émile permanecía en el comedor y Marguerite en el salón hasta que las manecillas del reloj de mármol señalaban la hora de hacer la cena.

Por aquel entonces, todavía era ella quien cocinaba para los dos mientras que él se encargaba de preparar la comida de su gato. Una semana que Émile contrajo la gripe y tuvo que guardar cama durante tres días, Marguerite aprovechó para comprar asadura en la carnicería, trocearla, cocerla y mezclarla con arroz y verduras.

—¿Ha comido?

—Primero, no... —dijo ella, vacilante.

—¿Y luego?

—Luego, si...

Habría jurado que ella estaba mintiendo. Al día siguiente tenía treinta y nueve de fiebre y ella le contestó lo mismo. Al tercer día, mientras ella compraba en el mercado de la Rue Saint-Jacques, bajó en bata y descubrió la comida del gato del día anterior intacta debajo del fregadero.

El gato, que había ido tras él, le dirigió una mirada de reproche. Émile volvió a mezclar de nuevo los alimentos y tendió el plato al animal, que tardó en decidirse a comer.

A su regreso, Marguerite encontró el plato vacío. Y el gato ya no estaba en la planta baja, sino en la habitación del primer piso, echado junto a las piernas de su amo.

Allí era donde dormía todas las noches.

—Eso no puede ser sano —había protestado al principio.

—Lleva varios años durmiendo conmigo y jamás me había puesto enfermo.

—No me deja dormir con sus ronquidos.

—No ronca: ronronea. Ya te acostumbrarás, como me he acostumbrado yo.

Marguerite estaba en lo cierto: aquel gato no ronroneaba exactamente como los demás; se trataba más bien de un ronquido tan sonoro como el de un hombre que hubiera bebido demasiado.

Ahora ella se hallaba de pie junto a la jaula y, mientras contemplaba al loro disecado, movía los labios como si le susurrara ternezas.

Émile, que estaba de espaldas a su mujer, no necesitaba verla. Conocía esa farsa de Marguerite como también conocía otras. Sonreía vagamente sin apartar la mirada de los leños que se ennegrecían. Al final, se levantó para coger dos más y colocarlos en el hogar, procurando con ayuda de un atizador que se mantuvieran en equilibrio.

Fuera, ya no se oía ningún ruido, excepto el repiqueteo de la lluvia y el chorrito del agua de la fuente al caer en el pilón de mármol. En el callejón había siete casas una junto a otra, todas iguales; cada una tenía una puerta central, las dos ventanas del salón a la izquierda y a la derecha la ventana del comedor, detrás del cual se hallaba la cocina. Las habitaciones se encontraban en el primer piso.

Apenas dos años antes, una hilera de casas idénticas, que llevaban los números pares, se alzaba al otro lado de la calle. La enorme bola de hierro de la empresa de demolición las había derribado como si se tratara de juguetes de cartón, y ahora un solar en construcción abarrotado de grúas, viguetas, trituradoras, tablones y carretillas constituía el único paisaje.

En aquella calle, tres vecinos tenían coche. Por la noche, podía oírse si alguien salía incluso aunque los postigos estuvieran echados. Y desde fuera podía verse en qué habitación se encontraban los habitantes de las casas.

Pocos inquilinos echaban las cortinas, de modo que se veía a las parejas y a las familias a la mesa: aquí un hombre de frente despejada que leía sentado en un sillón, bajo un cuadro con el marco color oro viejo; allá un niño inclinado sobre una libreta que mordisqueaba un lápiz y un poco más allá una mujer que limpiaba las verduras para el día siguiente.

Todo era suave, dulzón y muelle. A decir verdad, el murmullo de la fuente sólo era perceptible realmente cuando uno se metía en la cama y apagaba la luz.

La casa de los Bouin, a la que aún se la conocía como la casa de los Doise, era la última de la hilera y lindaba con el alto muro que cerraba el callejón. Al pie de este muro se alzaba una estatua, un amorcillo de bronce que sostenía un pez. Un chorrito de agua que salía de la boca de éste iba a parar a una concha de mármol.

Marguerite había ocupado de nuevo su lugar frente a la chimenea. Ya no hacía punto, sino que, con la nariz calzada por las gafas de montura de plata, hojeaba el periódico que había recogido del suelo, cerca del sillón de su marido.

Las manecillas negras del reloj avanzaban con lentitud, con aquel temblor vacilante que las sacudía al marcar las horas en punto y las medias.

Émile ni leía ni fijaba la vista en nada. Mantenía los ojos cerrados y tal vez estuviera absorto en sus pensamientos o dormitara. En ocasiones cambiaba de posición las piernas, entumecidas por el calor.

Sólo cuando el reloj dio las siete se levantó lentamente y se dirigió hacia la puerta sin echar ni una ojeada a su mujer o a la jaula del loro disecado.

El pasillo no estaba iluminado. La puerta de entrada de la casa, con el buzón vacío en medio, se encontraba a la izquierda, mientras que la escalera que conducía al piso superior se hallaba a la derecha. Le dio al interruptor, volvió a cerrar la puerta tras él y abrió la del comedor, donde el aire era frío.

Aunque había calefacción central en la casa, sólo la encendían los días muy fríos. En realidad, ninguno utilizaba ya el comedor. Los esposos comían en la cocina, donde la estufa de gas bastaba para caldear lo suficiente la estancia.

Bouin, que era cuidadoso y metódico, apagó la bombilla del pasillo, volvió a cerrar la puerta al salir, se encaminó hacia la cocina y, una vez que la hubo iluminado, quitó la luz del comedor.

Había adoptado los hábitos de ahorro de su mujer, pero además existía una razón añadida que lo impulsaba a actuar así.

Sabía que, en cuanto él se levantaba, Marguerite, que no quería seguirlo de inmediato, empezaba a rebullirse en el sillón. Cuando, tras hacer un poco de tiempo, se levantase a su vez profiriendo un suspiro, como acostumbraba al término de las distintas fases del día, tendría que apagar las luces del salón, encender las del pasillo, volver a apagarlas y cerrar todas las puertas al pasar.

Cada uno de los movimientos de ambos se había convertido en un ritual y revestía un significado más o menos misterioso.

Émile Bouin, que se hallaba en la cocina, se sacó una llave del bolsillo antes de abrir el aparador de la derecha, pues había dos. El de la izquierda, más antiguo, era de pino de Australia y ya estaba allí cuando vivía el padre de Marguerite. El de la derecha, pintado de blanco, era el de Bouin, que lo había comprado en el Boulevard Barbès.

De su aparador extrajo una chuleta, una cebolla y tres endibias cocidas que habían sobrado en el almuerzo y que había guardado en un cuenco. También cogió una botella de vino tinto, que estaba por la mitad, y se sirvió un vaso antes de echar mano de su mantequilla, su aceite y su vinagre.

En cuanto hubo encendido el gas, puso a fundir un poco de mantequilla, cortó la cebolla a rodajas y, cuando empezó a dorarse, colocó la chuleta en la sartén.

Marguerite, que acababa de aparecer por la puerta, hacía como si no lo viera, como si pasara por alto su presencia, como si tampoco se percatara del olor a cebolla, que la molestaba.

También ella abrió su aparador, con una llave que llevaba sujeta al cinturón.

La estancia no era grande y la mesa ocupaba buena parte de ella, de modo que se veían obligados a moverse con cuidado para evitarse. Pero estaban tan acostumbrados

a ello, que casi nunca se rozaban.

En lugar de utilizar los manteles como antes, se contentaban con el hule de cuadros que cubría la mesa de la cocina.

Marguerite también tenía su propia botella, pero no de vino, sino de un cordial que se puso muy de moda a principios de siglo y que su padre le servía durante los almuerzos y las cenas cuando todavía era una adolescente anémica.

En la etiqueta, de estilo anticuado y donde había dibujadas unas hojas difíciles de identificar, se leía, escrito con letras recargadas: CORDIAL DE LOS ALPES. Llenó un vasito muy pequeño de licor, y se mojó los labios en él con glotonería.

En cuanto la chuleta estuvo hecha y las endibias recalentadas, Bouin lo colocó todo en un plato y se instaló a un extremo de la mesa, delante de su botella, su pan, su ensalada, su queso y su mantequilla.

Con una aparente indiferencia hacia lo que él comía, ella dispuso su cena al otro extremo de la mesa: una loncha de jamón, dos patatas frías que había envuelto en papel de estaño antes de meterlas en la nevera y dos finas rebanadas de pan.

Llevaba cierto retraso con respecto a su marido. En ocasiones uno de ellos se sentaba a la mesa cuando el otro ya había terminado. Pero eso carecía de importancia, pues de todas formas se menospreciaban.

Igual que hacían en silencio todo lo demás, también comían sin dirigirse la palabra.

Bouin habría jurado que su mujer estaba pensando: «¡Otro día que vuelve a comer carne dos veces! Y sofríe las cebollas adrede...».

Y en parte, esto último era cierto, pues le gustaban las cebollas, pero no todos los días le apetecían.

A veces, para hacerla rabiar, se cocinaba platos complicados, que requerían una hora o dos de preparación. Aquello tenía sentido para él, pues evidenciaba que no había perdido un ápice de su apetito ni había dejado de gustarle comer, y que el hecho de tener que prepararse él mismo la comida no lo desanimaba en absoluto.

Otros días traía a casa tripas, cuya simple visión le resultaba repugnante a su mujer.

Ella, por su parte, para subrayar su frugalidad no cenaba más que una loncha fría de jamón o de ternera, un pedazo de queso y a veces una o dos patatas de las sobras del mediodía.

También eso significaba algo, varias cosas en realidad. En primer lugar, se trataba de dejar claro que él gastaba más dinero que ella en comida. En segundo lugar, que ella se negaba a utilizar la sartén después de que él la hubiera usado. Cuando era indispensable, Marguerite esperaba a que él la limpiara, aunque eso implicase comer mucho más tarde.

Ambos masticaban despacio, ella con un movimiento mandibular apenas perceptible, como una rata, y él, por el contrario, manifestando de forma ruidosa su apetito y su delectación.

«¡Ya lo ves! Tu presencia no me importuna en absoluto. Pretendías castigarme y acabar conmigo. En cambio, estoy encantado y no pierdo el apetito1»... Huelga decir que aunque sus diálogos eran mudos, se conocían lo bastante bien como para adivinar las palabras y las intenciones del otro.

«Eres un hombre vulgar. Comes como un cerdo y te hinchas de cebollas como los pobretones. Yo siempre he comido como un pajarito. Y mi primer marido, que, aunque era músico, tenía talento para la poesía, me llamaba su palomita frágil..."».

Aunque ella sólo se reía para sus adentros, él se percataba de esa risa.

«Fue él, pobrecito, quien murió. Él si que era frágil»...

Si echaba una rápida ojeada a su segundo marido, la mirada se le endurecía.

«Y tú, que te crees tan fuerte, también te irás antes que yo...».

«Si me descuido, hace tiempo que me habría ido... ¿Es que ya no te acuerdas del frasquito que había en la bodega?».

Y él también reía para sus adentros. Aunque estuvieran solos en aquella casa silenciosa y se hubieran condenado al mutismo, se las ingeniaban para intercambiar réplicas feroces.

«Espera y verás como te amargo la cena...».

Entonces él se sacaba el cuadernillo del bolsillo, garabateaba tres palabras y arrancaba la tira de papel, que lanzaba con destreza al plato de su esposa.

Sin manifestar sorpresa en absoluto, ella desplegabla la notita: «Cuidado con la mantequilla».

No podía evitar ponerse rígida. No había conseguido acostumbrarse del todo a esa broma. Sabía que la mantequilla no estaba envenenada, puesto que la guardaba bajo llave, en su propio aparador, aun a riesgo de que se reblandeciera o incluso, de vez en cuando, se fundiera.

Pese a ello, para conseguir volver a probarla debía realizar un esfuerzo enorme.

Ya se vengaría más adelante. Aún no sabía cómo, pero disponía de tiempo para pensarlo. Al fin y al cabo, ninguno de los dos tenía absolutamente nada que hacer.

«No olvides que soy una mujer y que las mujeres siempre tenemos la última palabra, de la misma manera que solemos vivir de tres a cinco años más que los hombres. Basta con hacer recuento de las viudas, ¿acaso no son mucho más numerosas que los viudos?».

Él también había sido viudo, pero su caso no contaba porque fue a resultas de un accidente: a su mujer la atropelló un autobús en el Boulevard Saint-Michel. No murió en el acto, sino que se quedó inválida y aún malvivió así durante dos años. Él trabajaba, todavía no se había jubilado. Así que cuando regresaba del trabajo, tenía que cuidar de ella y hacerse cargo de la casa.

«Ella consiguió vengarse, ¿no?».

Un vacío, el silencio y la lluvia, que repiqueteaba en el patio.

«A veces me pregunto si al final no acabaste por cansarte y decidiste deshacerte de ella. Con tantos medicamentos como tomaba, no podía ser muy difícil... Y ella no

era tan recelosa ni tan lista como yo. Era una muchacha insignificante, que había ordeñado vacas en su juventud, y tenía unas manazas enrojecidas...».

Marguerite no había llegado a conocerla, porque el matrimonio vivía en Charenton. Fue el propio Émile quien, henchido de ternura, por cierto, le habló de las manos enrojecidas en la época en que todavía se dirigían la palabra.

—Me resulta raro que tengas las manos tan blancas, las muñecas tan finas y la piel casi transparente. Mi primera mujer era una campesina, de constitución sólida y con unas buenas manos, grandes y enrojecidas...

Bouin se sacó del bolsillo un paquete de puros italianos irregulares, muy negros y muy fuertes, a los que se conoce con el nombre de «clavos de ataúd».

Tras encenderse uno, exhaló una bocanada de humo acre y utilizó la cerilla para limpiarse los dientes.

«Te está bien empleado, querida... Así aprenderás a no ser tan tiquismiquis».

«Espera y verás...».

Bouin apuró el vaso de vino, y también la botella y, tras unos instantes de quietud, se levantó pesadamente y se dirigió hacia la pila, donde abrió el grifo del agua caliente.

Mientras ella se terminaba la cena a bocaditos, él fregó los platos. Después de limpiar la sartén con un papel, primero, y luego con una bayeta, envolvió cuidadosamente con un periódico viejo el hueso y la grasa de la chuleta y fue a tirarlo al cubo de la basura que se hallaba bajo la escalera, pero antes tomó la precaución, por descontado, de cerrar con llave su aparador.

Tras consumir de ese modo, a mordisquitos, una porción del día, acometió el último tramo de la jornada de regreso en el salón, donde se puso a toquetear los mandos del televisor. En la primera cadena daban las noticias. Cambió la orientación de la butaca. En la chimenea los leños casi se habían consumido, pero ya no era necesario alimentar el fuego pues en la estancia reinaba un calor agradable.

Mientras Marguerite fregaba los platos, él la oía trajinar. Más tarde se reunió con él, pero tardó en poner el sillón de cara al televisor porque las noticias no le interesaban.

—No hay más que escándalos políticos, accidentes y brutalidades —solía decir antes.

Una vez más, ella se entregó a su sempiterna labor. Después, cuando anunciaron un festival de canciones, movió el sillón, primero ligeramente, luego otro poco y un poco más después. No quería que pareciese que le apasionaban esas tonterías, sin embargo, en ocasiones tenía que sonarse en el curso de alguna romanza particularmente triste y sentimental.

Bouin se levantó para llevar el cubo de la basura de debajo de la escalera al borde de la acera. La lluvia era helada y el callejón se hallaba desierto, con sus siete casas alineadas, algunas ventanas iluminadas, los tres coches que esperaban hasta la

mañana y el espantoso solar en construcción, donde los muros que empezaban a levantarse se alternaban con agujeros que parecían bocas abiertas.

El pez de la fuente seguía escupiendo sin cesar un chorro de agua que caía en el pilón en forma de concha mientras el amorcillo de bronce chorreaba lluvia.

Después de entrar, cerró tras de sí la puerta con llave y echó el pestillo.

Luego, como hacía todas las noches, cerró los postigos del comedor y por último los del salón, donde el televisor seguía encendido.

Aunque el aparato sólo emitía un resplandor plateado en la habitación, esa luz le permitió advertir, en un abrir y cerrar de ojos, que su mujer tenía un termómetro en la boca.

Aquella era la pequeña venganza que Marguerite había urdido, su respuesta a la historia de la mantequilla. Seguramente imaginaba que lograría preocuparlo haciéndole creer que estaba enferma.

En el pasado, hablaba de su pecho y de sus bronquitis y, en cuanto hacía un poco de fresco, se cubría de chales.

«Así revientes, querida...»: Bouin no sólo lo pensó, sino que lo escribió en un pedazo de papel que, al aterrizar sobre el regazo de su mujer, pilló a ésta desprevenida. Después de leerlo y quitarse el termómetro de la boca, ella dirigió a su marido una mirada cargada de conmiseración. Acto seguido, cogió un trozo de papel del bolsillo y escribió a su vez: «Ya estás verdoso».

En lugar de lanzarla, Marguerite colocó la notita encima de la mesa. Ella no se proveía de cuadernillos de hojas con líneas de puntos. Le bastaba con cualquier pedazo de papel, incluso arrancado de un periódico.

A pesar de su curiosidad, él no se atrevería a levantarse enseguida, sino que esperarla tanto tiempo como le fuera posible.

Pero Marguerite se las ingenió para obligarlo a decidirse: para ello le bastó con levantarse y sintonizar la televisión en la segunda cadena, pues Bouin no podía soportar que se le impusiera un programa distinto al que él hubiera elegido.

En cuanto la mujer se sentó de nuevo en el sillón, él se levantó a su vez, cambió de cadena y, al pasar, se hizo con la notita como por casualidad.

«¡Conque verdoso!». Bouin se echó a reír. Lo hacía aposta, pero se reía mal, de manera un poco forzada, porque, como podía comprobar cada mañana al afeitarse, era cierto que no tenía buen color.

Primero lo achacó a la luz que había en aquel cuarto de baño de azulejos deslustrados, y fue a mirarse en otra parte. No podía negarse que había adelgazado, pero se decía que, cuando uno envejece, es preferible siempre adelgazar a engordar. Había leído en algún periódico que las compañías de seguros hacen pagar primas más altas a los gordos que a los flacos. Sin embargo, le costaba acostumbrarse al hombre en el cual se había convertido.

Era alto, y tiempo atrás había sido ancho, corpulento y fuerte.

Cuando acudía a las obras, solía llevar unas botas enormes y una chaqueta de cuero negro que no se quitaba ni en verano ni en invierno. Comía y bebía cualquier cosa sin preocuparse por el estómago. Y durante cincuenta años ni siquiera se le había ocurrido pesarse.

Ahora se sentía escuálido. La ropa le venía anchísima y a veces sentía dolores, ya fuera en el pie o en la rodilla, en el pecho o en la nuca.

Tenía setenta y tres años pero, aparte de aquella pérdida de peso, se negaba a considerarse viejo.

¿Y Marguerite? ¿Acaso se consideraba ella una anciana? Cuando él se desnudaba, ella hacía como si se burlase de él, sin darse cuenta de que estaba mucho más ajada que su marido.

Aquél era otro de sus juegos, al que se entregarían cuando subieran a acostarse, sobre las diez. En el primer piso había tres habitaciones. Como es natural, la noche de bodas durmieron en el mismo dormitorio, que había sido el de los padres de Marguerite y que ésta ocupó con su primer marido.

Ella había conservado la vieja cama de nogal de sus padres, con el colchón de plumas y el edredón enorme. Bouin intentó acostumbrarse, pero renunció pocos días después, sobre todo porque su mujer se negaba a dejar la ventana abierta.

No llegó hasta el extremo de cambiar de habitación, pero él llevó su propia cama y la instaló junto a la de su mujer.

Un papel pintado con un estampado de flores pequeñas recubría la pared.

Al principio no colgaron de ella más que dos ampliaciones fotográficas colocadas en sendos marcos ovalados, la de Sébastien Doise, el padre de Marguerite, y la de su madre, que murió de tisis en plena juventud.

Más adelante, cuando dejaron de dirigirse la palabra, Marguerite colgó el retrato de Frédéric Charmois, su primer marido, junto al de su padre. Por lo que mostraba la fotografía, era un hombre delgado y distinguido, con aire de poeta, que lucía un fino bigotito y una perilla. Era primer violinista en la ópera y de día daba clases particulares a unos cuantos alumnos.

Menos de una semana después, Bouin respondió a la provocación colocando el retrato de su primera mujer en la cabecera de su cama.

Así pues, se desafiaban mutuamente, incluso en el momento de desnudarse. Tanto él como ella podían haberse retirado a otra habitación, pero no querían cambiar ninguno de los hábitos contraídos durante los primeros años.

Casi siempre era Bouin el primero en desnudarse, y lo hacía con el mayor pudor posible. Aun así, no podía evitar mostrar durante unos instantes su pecho desnudo, las costillas cada vez más marcadas, las piernas y los muslos velludos cuyos músculos se habían vuelto flácidos.

Sabía que ella lo espiaba, encantada de ver cómo se deterioraba poco a poco. Pero, algo después, le tocaba a ella y entonces era él quien echaba miradas furtivas al pecho enjuto y plano, a las nalgas caldas y a los tobillos hinchados de su mujer.

«¡Menuda belleza estás hecha, hija mía!».

«¿Y tú? ¿No te has mirado al espejo?».

Sin embargo, seguían sin dirigirse la palabra, limitándose a medirse en silencio. Se turnaban para lavarse los dientes, pues el cuarto de baño era la única habitación de la casa donde nunca coincidirían. El ruidito del pestillo cada vez que uno de ellos se encerraba se había convertido en un sonido familiar.

Después de echarse pesadamente, Bouin apagaba la lamparita de noche de la cabecera de su cama. Su mujer se deslizaba entre las sábanas con más delicadeza. Él sabía que ella permanecía largo tiempo con los ojos abiertos antes de poder conciliar el sueño.

Él se dormía casi de inmediato. Otra porción de la jornada, la última, acababa de agotarse. Mañana sería otro día más o menos igual.

Dormir le sentaba bien. Lo que más le gustaba era tener sueños en los que carecía de edad, donde no era viejo. De vez en cuando veía paisajes como los que había visto antaño, paisajes llenos de vida, de colores vibrantes y olores deliciosos. En ocasiones incluso corría hasta perder el resuello en busca de un manantial cuyo murmullo llegaba hasta él.

Nunca soñaba con Marguerite y rara vez con su primera mujer, aunque cuando eso sucedía, siempre la veía como era poco antes de su boda.

¿Soñaba también Marguerite? ¿Con su primer marido? ¿Con su padre? ¿O soñaba con la época en que llevaba pamelas de paja de ala ancha y paseaba por la orilla del Marne protegida por una sombrilla?

¿Qué más le daba eso a él? Que ella soñase con su marido el músico y con su infancia si le venía en gana.

Como de costumbre, Bouin se despertó a las seis, como lo había hecho durante toda la vida sin tener que recurrir jamás a un despertador. Su padre también madrugaba; había sido albañil en una época en que aún no se empleaban grúas para construir los edificios y en la que los muros se levantaban ladrillo a ladrillo, conforme montaban los andamios.

Vivían en Charenton, en una casita conocida como «el pabellón». La casita se hallaba justo detrás de la esclusa que enlazaba el canal del Marne con el Sena. Algunos vecinos del barrio creían que su padre tenía los cabellos grises porque estaban salpicados de yeso o de mortero.

En el pabellón no había cuarto de baño, así que se lavaban en el patio, junto a la bomba de agua, desnudos de cintura para arriba tanto en invierno como en verano, y una vez por semana, los sábados, acudían a los baños públicos.

Bouin también había sido albañil. A los catorce años empezó como aprendiz, y al principio su trabajo había consistido sobre todo en ir a comprar litros de vino tinto para los trabajadores.

Asistía a la escuela nocturna y dormía poco. Ya se había casado cuando aprobó el examen para contraamaestre y, bastante tiempo después, el de inspector de obras del Departamento de Obras Públicas.

Su primera mujer se llamaba Angèle, Angèle Delige. Procedía de un pueblo próximo a Le Havre; sus padres la enviaron a París a los dieciséis años, como habían hecho con sus cuatro hermanas. Trabajó como niñera y después como dependienta en una charcutería. Era cierto que había ordeñado vacas y que tenía unas manos grandes y enrojecidas.

Alquilaron una vivienda en el muelle de Charenton, no muy lejos de la esclusa. En aquella época, Bouin aún iba todos los días a dar un beso a su padre y a su madre antes de encaminarse al trabajo.

En la casa del muelle de Charenton tampoco tenían cuarto de baño, así que Bouin seguía frecuentando los baños públicos, cuyos pasillos se veían invadidos por un vapor que olía a humanidad.

—¿Por qué no utilizas la bañera?

Marguerite y él habían tardado en tutearse. Tenía sesenta y cinco años cuando volvió a casarse, y ella contaba sesenta y tres. Se mostraban torpes el uno con el otro y más intimidados que si hubieran sido una pareja de jóvenes enamorados.

¿Estaban realmente enamorados?

—Prefiero la ducha.

Sumergirse en el agua caliente le angustiaba. Se sentía presa de un entumecimiento que no le resultaba natural; prefería que, después de enjabonarse

bajo la ducha, el agua fría cayera largo tiempo sobre su cuerpo desnudo.

—¿No vas a dejar de madrugar, ahora que ya no tienes nada que hacer en todo el día?

Con la cama le pasaba más o menos lo mismo que con la bañera. Por la noche se sentía a gusto en ella y se sumergía en el sueño, pero a partir de la seis, y en verano con frecuencia aún más temprano, le apremiaba el deseo de volver a la vida. Para complacer a Marguerite, había intentado remolonear entre las sábanas, pero eso le provocaba un malestar que se localizaba en el pecho.

Bouin se levantaba con sigilo, se deslizaba en el cuarto de baño y volvía a cerrar la puerta, sin olvidarse de echar el pestillo. Una vez duchado y afeitado, se ponía un pantalón viejo de terciopelo que le iba demasiado ancho y una camisa de franela, y bajaba en zapatillas para no hacer ruido.

Estaba convencido de que la había desvelado y de que ella fingía dormir cuando en realidad lo espiaba, alerta al menor ruido.

Una vez abajo, se preparaba una buena taza de café. Tras cerciorarse de que llevaba la llave en el bolsillo, se dirigía hacia la puerta de entrada y ganaba el callejón.

En aquella estación todavía no había amanecido y la farola era la única que arrojaba su luz amarillenta sobre las casas y los solares en construcción.

Durante años, su gato lo había seguido con andares casi solemnes, como si ese paseo por las calles desiertas hubiera supuesto para él un acto importante, una especie de misa que ambos celebraban en silencio.

Cuando residía en el muelle de Charenton, Bouin no tenía gato. Los dos últimos años que vivió su mujer, inválida a consecuencia del accidente de autobús, no tenía tiempo de pasearse. Se hacía cargo de la limpieza, ponía orden, lavaba, fregaba y preparaba el desayuno de Angèle.

Antes del accidente, Bouin dedicaba media hora por lo menos a pasear por los muelles, a contemplar las barcazas amarradas, los toneles destinados a algún importante tratante en vinos, los remolcadores que arrastraban cuatro o cinco plataformas cargadas con arena extraída más arriba de Corbeil.

Ahora daba invariablemente el mismo paseo. El callejón desembocaba en la Rue de la Santé, que se hallaba a medio camino entre la prisión y el hospital Cochin. Más abajo se alzaba el manicomio ante el que pasaba antes de subir por la Rue du Faubourg-Saint Jacques.

En la esquina de la Rue de la Tombelloire con la Place Saint-Jacques, se topaba con la iglesia de Saint-Dominique, donde Marguerite asistía a misa los domingos y, en verano, a veces acudía también entre semana.

Durante un tiempo ella comulgaba todas las mañanas. Por aquel entonces mantenía una estrecha amistad con el cura, a quien ayudaba a decorar los altares y a arreglar las flores que flanqueaban a la Virgen.

¿Qué había sucedido entre su mujer y el cura? ¿Por qué motivo habían reñido? Sea como fuere, ella había dejado de visitarlo y de hacerse cargo de las obras de la parroquia y, en lugar de ocupar un reclinatorio personal, se contentó con una silla de asiento de paja en la penumbra de la iglesia.

Excepto el día en que se casó, Bouin no había entrado allí más que una sola vez, por curiosidad. Estaba bautizado y había hecho la primera comunión, pero en su familia nadie iba a misa, aunque eso no fue óbice para que tanto a su padre como a su madre les hicieran exequias religiosas.

Sólo tenía una hermana, que desde hacía tiempo iba por el mal camino.

Durante años no recibieron noticias de ella, ni siquiera sabían si aún estaba viva. Hasta que, un buen día, llegó por fin hasta Émile una carta que lo había buscado en varias direcciones y que llevaba comentarios de distintos carteros.

Su hermana le anunciaba que se había casado con un molinero que vivía cerca de Tours y que tenía dos hijos, una casa grande junto al Loira y un coche americano.

No había vuelto a verla; se limitó a escribirle que había enviudado y que se acercaba a la edad de jubilarse.

Al llegar al Boulevard de Port-Royal giró a la derecha, y de nuevo a la derecha en la Rue de la Santé, que encontró tan vacía como cuando la abandonó. En el curso de un paseo que duraba un cuarto de hora, anduvo por delante de un hospital, una prisión, un asilo, una escuela de enfermeras, una iglesia y un cuartel de bomberos. ¿Acaso no era como un resumen de la existencia? No faltaba más que el cementerio, que tampoco quedaba tan lejos.

A su regreso, Victor Macri, uno de los vecinos, salió del número tres con sus andares solemnes y puso el coche en marcha. Los dos hombres se saludaron y el coche empezó a exhalar vapor antes de que el motor cogiera poco a poco el ritmo y Macri emprendiera el camino hacia el lujoso hotel de la Rive Droite donde trabajaba como conserje.

Marguerite y Émile conocían a todos los vecinos del callejón. Ella era la propietaria de la hilera de casas que quedaba, porque, unos años antes de morir, su padre había vendido la hilera de enfrente, donde ahora edificaban un gran bloque de pisos de alquiler.

Émile Bouin se sacó la llave del bolsillo. Tres años después aún añoraba a su gato y casi todas las mañanas vacilaba, como si fuera a cederle el paso al animal según una inveterada costumbre.

Oyó ruido de pasos en el primer piso y el del agua al llenar la bañera. Ya podía abrir los postigos porque la oscuridad de fuera no tardaría en hacerse menos densa. La luz de la farola palidecería y podrían oírse los pasos que se encaminaban hacia la Rue de la Santé, precedidos por portazos.

No le pesaba la soledad de aquel momento del día ni tampoco el vacío que se producía a su alrededor. Llevaba toda la vida haciendo las mismas cosas a la misma hora; algunas de esas cosas y algunos horarios habían cambiado. Había pasado por

diferentes periodos, pero cada uno de ellos venía marcado por un ritmo determinado que evitaba romper.

Ahora había llegado la hora del vino tinto, acompañado por un buen pedazo de pan con salchichón, como cuando se preparaba para visitar alguna obra.

Antes de marcharse al trabajo, su padre se tomaba un cuenco grande de sopa, un bistec o un plato de estofado, y aun así se llevaba algo en la fiambarrera para matar el hambre.

Su madre era bajita y bastante gruesa. La recordaba sobre todo lavando la ropa que luego tendía en el patio. Por aquel entonces no existían las lavadoras y, aunque hubieran existido, habrían sido demasiado caras. Además, a buen seguro que su madre habría desconfiado de ellas como desconfiaba de todo lo que funcionaba con electricidad.

Ella solía poner la colada a hervir en un enorme recipiente galvanizado, y tenía que arreglárselas para hacerlo temprano porque necesitaba que su marido o su hijo la ayudasen a retirarlo antes de marcharse.

Había días dedicados a la plancha, noches consagradas a zurcir calcetines y tardes en que se limpiaba el cobre, de modo que la semana era una sucesión de imágenes y de olores distintos.

Curiosamente, Bouin se había vuelto con la edad casi insensible a los olores. Tampoco veía las calles con los mismos ojos de antes, en la época en que le parecían un espectáculo que cambiaba de forma incesante y del que no se cansaba jamás.

Tiempo atrás, al confundirse entre la muchedumbre, tenía la impresión de formar parte de un todo, de integrarse en una suerte de sinfonía donde cada nota, cada mancha de color, cada bocanada cálida o fría lo regocijaban.

Habría sido incapaz de decir en qué momento se había producido el cambio; seguramente fue operándose poco a poco, conforme envejecía sin percatarse, porque nunca se había dado cuenta de que envejecía. No se sentía viejo y cuando recordaba su edad no podía evitar sorprenderse.

Con el tiempo, no se había vuelto ni más sabio ni más indiferente.

Persistían en él ciertos infantilismos, pensamientos, actitudes y manías del niño que fue.

Durante el desayuno empezó a hojear el periódico de la mañana que había comprado en la Place Saint-Jacques. Marguerite llevaba mucho tiempo allí arriba, en el baño. Cuatro años antes, cuando todavía se dirigían la palabra, él le había advertido que resultaba peligroso bañarse en una habitación cerrada con pestillo porque, si de repente se encontraba mal, nadie se daría cuenta de ello.

Bouin había adquirido la costumbre, que no abandonó ni después de que se declarase la guerra, de aguzar el oído mientras ella se hallaba en el agua.

Resultaba tanto más fácil cuanto que el cuarto de baño se encontraba encima de la cocina, y los desagües, que pasaban por ésta, junto a uno de los aparadores, hacían un ruido considerable cada vez que la bañera se vaciaba.

Apuró dos vasos de vino, que no le gustaba tomar en copa, sino en vasos de cristal grueso, como en el campo. Se bebería un tercero más tarde, cuando regresara de hacer la compra a media mañana.

El despertador señalaba las siete y cuarto; por la mañana le parecía que su tictac era más fuerte que durante el resto del día. También había observado que iba más deprisa que el del reloj del salón, y se preguntaba por qué, puesto que marcaba la misma hora.

Tras encender su primer puro italiano, bajó a la bodega, que se hallaba débilmente iluminada por una bombilla que colgaba del techo. Durante cerca de una hora estuvo cortando leña, porque salía más barato comprar leños grandes que cortados a la medida de la chimenea.

Llenó la cesta, la subió al salón y se entregó a la minuciosa tarea de encender el fuego mientras escuchaba las noticias que difundía una radio portátil.

En realidad, estas noticias no le interesaban, pero se trataba de una costumbre, como un hito destinado a marcar el desarrollo de la jornada. Oyó que Marguerite entraba primero en el comedor y luego en la cocina. Afuera, seguía lloviendo en medio de una niebla blanquecina.

No necesitaba vigilar a su mujer, puesto que los alimentos que le pertenecían se hallaban bajo llave en su propio aparador. Marguerite se preparaba café descafeinado, pues estaba convencida de que padecía del corazón.

¿No sería más bien una coartada, un motivo para quejarse o para adoptar expresiones de sufrimiento?

Ella se tomaba el café con leche acompañado de tres o cuatro biscotes untados con mantequilla, así que no tenía muchos platos que fregar.

En el salón, el fuego empezaba a prender. Aunque el día no había despuntado del todo y parecía mortecino, apagó las luces, y luego subió a la habitación, donde su cama seguía por hacer. Se aplicaba a esta tarea sin dejar una sola arruga en las sábanas, las mantas o la colcha.

Cuando poco después subía Marguerite, no se saludaban ni intercambiaban una sola mirada. Cada cual seguía con sus cosas, sin echar más que alguna mirada furtiva al otro cuando no se creía observado.

Marguerite estaba envejeciendo. Es cierto que cuando la conoció ya no era una jovencita, sino una mujer madura y un poco delicada, lo que tal vez le confería cierto aire distinguido. Tenía la tez lozana, de un color rosado como el de los caramelos, enmarcada por cabellos de un blanco sedoso, y su rostro expresaba dulzura y bondad.

Los comerciantes de la Rue Saint-Jacques la querían y la respetaban. Ella no pertenecía al mundo de aquéllos, sino a un mundo aparte; de hecho, en el barrio donde tiempo atrás su padre mandó construir las casas del callejón que llevaba su nombre se la tenía por una especie de aristócrata.

Durante más de treinta años, Marguerite había vivido con un hombre tan distinguido como ella, un músico, un artista que trabajaba como primer violinista en

la ópera, a quien por las noches podía vérselo pasar vestido con frac y cubierto con una capa negra; alguien que, por mucho tiempo, siguió llevando sombrero de copa.

Él también poseía una sonrisa dulce y vaga, esa buena educación que atestiguaba timidez y al mismo tiempo cierta condescendencia.

«¡Es tan buen profesor! Una vez más, este año uno de sus alumnos se ha llevado el primer premio del Conservatorio...».

Por aquel entonces, en el callejón resonaban una y otra vez las mismas frases musicales, que se ensayaban al violín y que el profesor acompañaba al piano.

El piano todavía se hallaba en un rincón del salón atestado de fotografías y de objetos frágiles. Marguerite solía tocarlo, pero cuando murió su primer marido, a su regreso del entierro, decidió no volver a interpretar música nunca más.

Al principio, Bouin insistía.

—No, Émile —contestaba ella, armada de una dulce obstinación—. Era su piano. Es como si aún fuera un pedazo de su vida.

En una ocasión, él levantó la tapa y deslizó un dedo por las teclas de marfil. Marguerite se apresuró a bajarla, indignada e incapaz de comprender cómo Podía haber tenido él semejante atrevimiento.

A su juicio, el piano formaba parte de su marido; se trataba de una reliquia sagrada, como también lo era el violín que se hallaba guardado en un armario.

Es cierto que otro hombre compartía ahora la habitación que Frédéric Charmois había ocupado con ella durante más de treinta años, un hombre que se lavaba en el mismo cuarto de baño. Al principio, habían intentado mantener las habituales relaciones íntimas, pero no había funcionado. Ambos se sentían intimidados; les parecía que a su edad aquellos gestos, que ejecutaban con torpeza, se volvían ridículos, que se convertían en una suerte de parodia.

¿Quién sabe? Desde la perspectiva de Marguerite, tal vez aquello fuera un sacrilegio. Bouin la recordaba con claridad, con los ojos cerrados y los labios muy apretados, resignada. Puesto que estaban casados, su nuevo marido tenía derecho a disponer de su cuerpo, un cuerpo que estaba en tensión y a la defensiva.

—¿Por qué no continuas? ¿No tienes ganas?

—¿Y tú?

—No lo sé.

Tiempo atrás ella tal vez lo hubiera deseado. Puede que, al dormirse por las noches, alguna vez soñara con placeres que había conocido en el pasado.

Pero a la hora de la verdad, su alma se sublevaba.

—Ya nos acostumbraremos.

Lo intentaron varias veces.

—Creía que me querías.

—Te quiero mucho. Perdóname...

—Entonces, ¿qué te lo impide?

—Perdóname —repetía ella—. No es culpa mía... —Las lágrimas le perlaban el borde de las pestañas.

La situación, en lugar de arreglarse, fue de mal en peor. En cuanto Bouin se acercaba a la cama de nogal, el cuerpo de Marguerite se retraía, se le endurecía la mirada y la invadía algo que casi parecía odio.

Él era el macho por definición, el bruto que sólo persigue su propia satisfacción. Ella tenía que soportar sus andares pesados y su forma de moverse por aquella casa donde antes reinaban la discreción y la delicadeza. Le costaba acostumbrarse a sus puros, que al principio se fumaba en el umbral de la puerta.

En cuanto al gato, le inspiraba un terror rayano en lo supersticioso.

Desde el primer día, el animal la miraba con fijeza, como si tratara de comprender qué pintaba ella en su vida y en la de su amo.

A veces la seguía por la casa y escalera arriba, como si quisiera comprobar que no representaba peligro alguno, y en los ojos dorados del animal, llenos de misterio, siempre había una expresión inquisitiva.

Dormía en la cama de Bouin, pegado a sus piernas, y antes de abandonarse al sueño aguardaba a que ese ser extraño, que dormía en la cama contigua, se quedara completamente inmóvil.

En aquella época, Marguerite se ocupaba sola de todas las tareas domésticas.

—¿No te vas a pasear? —le preguntaba a Bouin.

A Marguerite no le gustaba verlo vagar por la casa mientras ella hacía la limpieza, de modo que él se calaba su gorra y se iba a callejear. A veces se alejaba mucho, por ejemplo hasta los muelles, que en ocasiones seguía a paso regular hasta que llegaba a su antiguo barrio.

No era ni feliz ni desdichado. De vez en cuando se paraba a beber un vaso de vino tinto en algún *bistrot*, como hacía en el pasado, cuando inspeccionaba alguna obra y llegaba el momento del descanso. Sin embargo, tiempo atrás estaba rodeado de tipos como él, cubiertos de polvo o de barro. Gente que hablaba en voz alta, reía y brindaba. «Esta ronda la pago yo, Alice...».

Durante mucho tiempo trabajó en pleno centro de la ciudad, cuando se enlazó el Boulevard Haussmann con los grandes bulevares. También intervino en la reforma de los bulevares exteriores y en el derribo de las antiguas murallas.

En cualquiera de esos lugares podía encontrarse algún que otro bar agradable donde los hombres se reunían varias veces al día. A veces comían allí las vituallas que llevaban en las fiambreras. Angèle, su primera mujer, consideraba normal esa clase de vida. No tenían hijos y nunca trataron de averiguar si era culpa de ella o de él.

Angèle no era una mujer distinguida. Era alegre, y la suya era una alegría ruidosa. Le encantaba el cine. Por las tardes iba sola, pero a menudo por la noche le pedía que la acompañase a ver otra película. Y las veladas de los sábados las pasaban bailando.

En verano, los domingos tomaban el tren en dirección a un campo cercano, donde almorzaban y a veces conocían a otras parejas agradables con las que tomaban unas copas.

Como hacía calor, sudaban y se bañaban en el río. Angèle no sabía nadar y chapoteaba cerca de la orilla.

Regresaban a casa con un sabor extraño en la boca: el de las frituras que habían comido, el de las hojas arrugadas, el del lodo del río. Estaban un poco mareados, porque solían beber mucho. A medida que se acercaban a casa, la mano de su mujer, que lo cogía del brazo, se hacía cada vez más pesada.

—Estoy reventada.

Le resultaba gracioso estar borracha.

—¿Tú no notas las piernas flojas?

—No.

—Seguro que querrás hacer el amor.

—¿Por qué no?

—Yo también tengo ganas, pero no sé si me quedarán fuerzas. Si me duermo, peor para ti...

Nada tenía importancia, nada era serio ni mucho menos dramático. A veces sucedía que la cena no estaba preparada o la cama seguía deshecha.

—Figúrate, he dormido casi todo el día. En parte por tu culpa: si no me hubieras trabajado hasta las dos de la madrugada...

Marguerite la habría encontrado vulgar. Y, sin duda, lo era, de una buena y saludable vulgaridad parecida a la de él.

—Émile, ¿me has engañado alguna vez?

—Si ha habido ocasión...

—¿Y aún lo haces?

—De vez en cuando, si se presenta la oportunidad. Siempre hay jovencitas que rondan por las obras.

—¿Y no te da vergüenza aprovecharte de ellas?

—No.

—¿Sientes lo mismo que conmigo?

—No exactamente.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. Con las otras es como si me tomase sólo media botella.

—Si supiesen lo que opinas de ellas.

—Les trae sin cuidado. A veces nos las pasamos unos a otros...

¿Quién sabe? ¿Y si Angèle también lo engañaba a él? Prefería no pensar en ello, pero no descartaba esa posibilidad. Su mujer tenía todas las tardes libres; se iba al centro y recorría las tiendas, no para comprar, puesto que no tenía con qué, sino por mero placer. Se dejaba tentar por el primer cartel de cine que veía y se sentaba en la sala a oscuras.

¿No probaría entonces suerte algún hombre? No se refería sólo a los viejos, para quienes se trata de una especie de enfermedad, sino a jóvenes que disfrutaran de su día libre.

—Y tú, ¿nunca me has engañado?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque acabas de hacerme la misma pregunta.

—¿Y crees que voy a darte la misma respuesta? ¿Estás celoso?

—Puede que sí... y puede que no.

—¿De qué me serviría? Ya tengo bastante contigo, ¿no?

Aquella no era una respuesta. A veces le daba vueltas al asunto y fruncía el ceño, pero en verdad no podía decirse que estuviera angustiado.

Puede que sí, puede que no. De todas formas, era una buena muchacha que ponía de su parte lo posible para hacerlo feliz.

Y ciertamente era feliz, no habría querido cambiar por nada del mundo. Le gustaba la vida que llevaba. Más adelante, tal vez se compraría un coche para ir a pasear con Angèle los domingos en lugar de tomar el tren o el autobús.

No podía saber que a su mujer la atropellarían al caer la tarde de un día de otoño en el Boulevard Saint-Michel ni, mucho menos, que cuando se jubilara, a los sesenta y cinco años, Volvería a casarse con una mujer casi tan mayor como él.

A las diez él concluía la parte de las tareas domésticas que le correspondía.

No fue ella quien le pidió que las hiciera, sino que un día después de que dejaron de hablarse, él se propuso no deberle nada. En aquella época, su enfado era aún reciente. De vez en cuando hablaban solos cada uno por su lado.

Ambos se sentían víctimas y consideraban al otro un monstruo.

Casi con rabia, Bouin se puso a limpiar a fondo el salón, el comedor e incluso la cocina, cuyas baldosas restregó, de rodillas y con agua jabonosa, como tiempo atrás se lo había visto hacer a su madre.

Como sólo disponían de un aspirador, debía esperar a que dejara de oírse su ruido en el dormitorio, que era el dominio de Marguerite, para ir a buscarlo.

Lo justo habría sido que ella se lo bajara hasta mitad de la escalera.

Una vez por semana enceraba el parquet del salón, no tanto para complacer a la anciana como porque le agradaba el olor de la cera.

Después daba comienzo el jueguecito. Ahora acababa de empezar. A decir verdad, la palabra «juego» no le gustaba y a Marguerite seguramente tampoco.

Pero ¿cómo definiría ella para sus adentros la partida que tenía lugar cada mañana?

La palabra «juego» lleva implícita cierta alegría que uno y otro sólo sentían de vez en cuando y por separado, y que procuraban ocultar.

Desde otra perspectiva, sus actos y sus gestos resultaban más trágicos o grotescos que cómicos.

Aquella mañana, Marguerite no había olvidado la farsa que inició la víspera con el termómetro. Cuando Émile subió para coger el aspirador, ella volvía a tenerlo en la boca. Como cada mañana, se había cubierto el cabello con un pañuelo de color azul pálido. ¿Tenía mal aspecto su mujer o era una impresión causada por la luz del día lluvioso y con niebla? En la calle, el aire tenía una tonalidad ligeramente amarillenta.

¿Y si caía enferma de verdad? A pesar de lo mucho que se quejaba, nunca lo había estado; tampoco él había enfermado. Ambos parecían destinados a vivir muchos años.

Los dos aguardaban para ver cuál de ellos saldría primero, Marguerite en el primer piso y él en la planta baja. Bouin ya se había puesto el impermeable marrón, se había calzado las botas de goma encima de los zapatos y tenía la gorra al alcance de la mano.

Ella también debía de estar lista. El día anterior, a él se le había agotado la paciencia, pero encogiéndose de hombros, se marchó.

Después de diez minutos de espera que sin duda habría pasado de pie en la habitación, con el paraguas en la mano y preparada ya para salir, Marguerite se decidió a bajar y a coger la malla de la compra en la cocina.

Bouin también tenía una bolsa casi idéntica. Cuando la puerta de la calle se cerró detrás de su mujer, él también echó a andar hacia el callejón.

La observaba caminar por la acera, pequeña y frágil, esforzándose por sortear los charcos, pero sus piernas hinchadas la volvían torpe y el paraguas de color malva se balanceaba sobre su cabeza.

Ella sabía que él la seguía; otras veces, era ella quien iba detrás, nunca a mucha distancia, pues él procuraba no caminar demasiado deprisa.

Marguerite giró a la derecha hacia el Boulevard de Port-Royal y cruzó la calle enfrente del hospital Cochin. En el patio del hospital, que algunos internos vestidos con batas blancas atravesaban a grandes zancadas, se veían varias ambulancias.

Un poco después ambos se internaban, a unos treinta metros de distancia, en la Rue Saint-Jacques, donde las tiendas estaban llenas de amas de casa.

«¿Entrará en la tienda de ultramarinos?», se preguntaba él.

La tienda de ultramarinos Rossi era italiana. Se trataba de un local oscuro y hondo, bien abastecido de víveres, entre los que podía encontrarse, sobre todo, entremeses ya preparados, alcachofas pequeñas en aceite, pescaditos fritos en salsa picante o pulpos marinados del tamaño de un pulgar que tanto le chiflaban.

Necesitaba comprar azúcar y café. Cuando él entró, Marguerite estaba examinando las estanterías y pidiendo espaguetis y, después, tres latas de sardinas en aceite.

Ella hizo como si no supiera que su marido se hallaba allí. Se ninguneaban, tanto en público como en casa, y los comerciantes ya se habían acostumbrado a verlos entrar en sus tiendas, pisándose los talones, pero sin dirigirse jamás ni una palabra ni una mirada.

Aunque cada uno compraba para sí, no dejaban de espiarse, de modo que si uno de ellos pedía algo caro u original, el otro no tardaba en comprar algo más caro todavía.

—¿Tiene usted canelones?

—Preparados esta misma mañana.

—Póngame cuatro.

Los canelones eran largos y los habían rellenado con generosidad. A Émile no le cupo la menor duda de que ella se habría estremecido.

—Póngame cuatro lonchas de jamón de Parma —pidió ella a su vez—. No muy gruesas. ¡Tengo tan poco apetito!

Ella llevaba un chal debajo del abrigo, como alguien que no se encuentra bien y teme enfriarse, y ese atuendo la volvía más vieja y más ajada.

—¿No se encuentra usted bien, señora Bouin?

A la gente le costaba llamarla por ese nombre. Los ancianos la habían conocido cuando era la señorita Doise, un apellido que revestía gran prestigio a sus ojos, puesto que vendían las Galletas Doise, las Mantecadas Doise y las Delicias de Francia, de la misma marca.

Fue el abuelo de Marguerite quien fundó la fábrica de galletas, cuya alta chimenea, en la que a media altura se veía una gran letra de pintada de blanco, se alzaba aún en la Rue de la Glacière.

En la propia tienda de ultramarinos, sin ir más lejos, varias de las latas con tapa de vidrio que contenían golosinas llevaban la palabra DOISE, por más que viniera seguida de esta mención: v. SALLENAVE, SUCESOR.

Como durante más de treinta años la habían llamado «señora Charmois» les costaba acostumbrarse a Bouin, su actual apellido.

—¿Algo más? —le preguntó la señora Rossi, que era quien la atendía.

—Un momento, voy a consultar la lista... ¿Aún tiene los mismos bombones que la última vez?

—¿Los que están rellenos de avellanas?

—Sí. Póngame doscientos veinticinco gramos, por favor. Sólo tomo alguno de vez en cuando..., me duran mucho.

Él, por su parte, no se olvidó de llevarse azúcar y café. Pidió que le sirvieran también cien gramos de salami y otros cien de mortadela. A diferencia de lo que le sucedía a su mujer, no sentía la menor necesidad de dar explicaciones.

—¿Cuánto le debo? —inquirió Marguerite al tiempo que abría el monedero y sacaba algunas monedas.

Él remoloneaba por las estanterías para no acercarse a la caja hasta que ella se hubiera marchado.

Luego venía la carnicería, que estaba un poco más lejos. Mientras guardaban turno, Raoul Prou cortaba la carne y bromeaba con las clientas.

Émile no entró hasta que dos amas de casa se pusieron en la cola detrás de Marguerite.

¿Qué comentarios hacía la gente cuando ellos salían? Porque era impensable que Prou, cuando menos, no dijera algo.

«¿Habéis visto a esos dos chiflados? Son marido y mujer, pero cada mañana aparecen uno detrás de otro, como si no se conocieran, y cada cual compra para sí. Me pregunto qué diablos hacen todo el día en su casa. Y eso que ella era de buena familia... Su primer marido era violinista en la ópera y daba clases particulares».

—Le toca a usted, señora Bouin. ¿Está resfriada?

—Me parece que estoy incubando una bronquitis.

—¡No diga eso! A su edad, esas cosas no se hacen. ¿Qué le pongo?

—Córteme un bistec pequeño y muy finito. Ya sabe que...

Lo sabía perfectamente. Ella contaba siempre que comía como un pajarito, como si así quisiera evitar que la acusaran de ser una avara.

—¿Le importaría quitarle la grasa?

—No va a quedarle gran cosa...

Seguro que la compadecían y le echaban a él toda la culpa. No hacía tanto tiempo que Bouin había empezado a encogerse. De hecho, cuando se casó con ella, aún parecía un hombretón. Fumaba unos puros de aspecto irregular y muy fuertes. A veces escupía en el suelo una saliva amarillenta y se dejaba ver bebiendo en los *bistrots*. Huelga decir que el primer marido de Marguerite jamás se habría comportado así.

¿No sostenían algunos que la había engatusado y que se había casado con ella por el dinero?

Pero eso distaba mucho de ser verdad, pues él tenía más o menos tanto dinero como ella, aunque no pudiera saberse con exactitud, ya que ella era muy discreta en lo referente a asuntos monetarios. Se habían casado en régimen de separación de bienes, pero ella no parecía contar con herederos directos ni indirectos.

Además de sus ahorros, Bouin recibía una pensión y, si se moría antes que ella, Marguerite cobrarla la mitad durante el resto de su vida.

Por consiguiente, ¿cuál de los dos era el interesado? ¿Ambos? ¿Ninguno?

—¿Tiene un buen riñón de ternera?

Ella ya se había marchado. Abrió el paraguas malva en el umbral de la carnicería y emprendió el camino de la lechería.

Cuando él llegó, Marguerite ya estaba pagando en la caja, así que no pudo ver lo que compraba. Sólo sabía que la cuenta ascendía a dos francos con cuarenta y cinco.

—Un cuarto de munster...

Ella detestaba aquel queso de olor tan fuerte.

—Una docena de huevos...

Compraría un cuarto de champiñones y, esa noche, antes del queso, se prepararía una tortilla grande y muy jugosa, como a él le gustaban. Ella pondría cara de asco. Al

verlo desempaquetar el munster, tal vez abandonaría la mesa, como hacía en ocasiones.

Marguerite se hallaba frente al puesto de verduras, donde estaba comprando patatas. Le encantaban las patatas, ya fueran calientes o frías, y las tomaba casi en todas las comidas.

—Y ahora póngame unos champiñones, ciento veinticinco gramos.

Se guardó mucho de añadir, como habría hecho ella: «Es para hacerme una tortilla».

—¿Algo más, señor Bouin?

También necesitaba patatas, y pidió que se las pusiera al fondo de la bolsa para que no aplastaran todo lo demás.

—Y unas cebollas... de las rojas, si es posible.

—¿Le pongo medio kilo? Aguantan muy bien.

—Sí, ya lo sé. Y un poco de perejil. Un kilo de manzanas... No, esas no: prefiero las de al lado, las que están un poco arrugadas.

La gente debía de pensar que él todavía sabía disfrutar de la vida y aún se corría sus juergas, mientras que la desdichada de su mujer se descuidaba y no comía más que unas migajas, y con desgana.

Él ya no necesitaba comprar nada más. Vio que su mujer entraba en la farmacia, que estaba pintada de verde. El farmacéutico le mostraba varias cajas y varios tubos de comprimidos, sin duda medicamentos para el resfriado.

Después de hacer varias preguntas y de no pocos titubeos, se decidió por unas pastillas. Pero eso no era todo: también compró un paquete cuyo aspecto Bouin reconoció desde lejos, se trataba de cataplasmas de harina de mostaza.

Esa noche, antes de acostarse, ella humedecería una y se la aplicarla sobre el pecho, luego haría contorsiones para ponerse otra en la espalda en lo que sería una operación harto complicada. Bouin, que no podía por menos de apiadarse de ella, debía contenerse cada vez para no tender la mano y ayudarla, pues sabía que ella habría considerado ese gesto como un insulto.

Entonces, mientras las dos cataplasmas surtían efecto, Marguerite, en su nerviosismo, se entregaría a un sinfín de idas y venidas entre el dormitorio y el cuarto de baño, hasta que el dolor se volviera insoportable.

Podía aguantarlas mucho tiempo, podría haberse dicho que era un castigo que se imponía. Cuando se quitaba los papeles cubiertos de mostaza, la piel estaba tan enrojecida como una herida en carne viva.

¿Había acabado ya con las compras? No, aún tenía que canjear un libro en la librería de viejo donde podían cambiarse volúmenes por cincuenta céntimos.

Marguerite elegía invariablemente novelas de principios de siglo, historias tristes que alimentaban su melancolía.

Él apenas había ojeado unas pocas líneas aprovechando que su esposa no se hallaba en el salón. Siempre trataban acerca de alguna víctima orgullosa y valiente

sobre quien se abatían todas las desdichas pero que, a pesar de ello, mantenía la cabeza bien alta.

«Pobre mujer», pensaba a menudo Bouin, y a veces no podía por menos de considerarse un bruto. Cuando esto sucedía, se ponía a rumiar los recuerdos de los últimos tres años y, al final, escribía en un papelito: «El gato».

No cabía duda de que fue ella quien puso raticida en la comida del animal, aprovechando que él había contraído la gripe y guardaba cama. Por la noche, le sorprendió que el gato no acudiera a la cama.

—¿No lo has visto?

—No lo he visto desde esta tarde.

—¿Lo has dejado salir?

—Le he abierto la puerta sobre las cinco, cuando me lo ha pedido.

—¿Y no te has quedado fuera con él?

Se hallaban en pleno invierno; una capa de nieve cubría los adoquines. Las obras de derribo de las casas de enfrente aún no habían empezado, de modo que las dos hileras de casas se hacían frente como en la época en que Sébastien-Doise las mandó edificar.

—¿Y no ha arañado la puerta desde entonces?

—Yo no he oído nada.

Bouin ya estaba con una pierna fuera de la cama.

—¿Quieres que vaya a mirar?

—No, ya voy yo.

—¿Vas a salir con la fiebre que tienes?

Le pareció detectar cierta falsedad en la voz de su mujer. Hasta entonces, la consideraba algo complicada y con cierta tendencia a albergar ideas fijas, algunas un poco tontas, pero jamás se le habría ocurrido pensar que pudiera ser malvada.

Toda su rabia parecía cebarse única y exclusivamente en el gato. Cada vez que éste la rozaba, se echaba a un lado gritando. Desde luego que exageraba; él estaba convencido de que fingía. Desde la primera semana de casados, ella empezó a insinuar que podrían deshacerse del animal, por ejemplo, regalándoselo a algún amigo.

—Siempre me han dado miedo los gatos. A lo mejor podría acostumbrarme a un perro. Cuando vivía mi padre tuvimos uno, que me seguía cuando era pequeña y parecía protegerme. Pero los gatos son traidores, nunca se sabe lo que piensan.

—*Joseph* no es así.

A Marguerite la escandalizaba que Bouin llamase *Joseph* al gato que se encontró una tarde al regresar a casa.

—No creo que sea adecuado ponerle el nombre de un santo a un animal.

—Pues ya es demasiado tarde para desbautizarlo.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Como si se bautizara a los animales!

—¿Por qué no?

Aquél fue el primer encontronazo. Le siguieron otros, siempre a propósito de *Joseph*, que los escuchaba como si supiera que era el objeto de la conversación.

—Ni siquiera es de raza.

—Yo tampoco.

Lo decía para enfadarla, pues eso formaba parte de su carácter y de sus costumbres; en las obras, solían decírselas de todos los colores, pero eso no impedía que, cuando tocaba la sirena, fueran a tomarse una copa todos juntos.

También con Angèle hablaba sin ambages, aunque a veces llegaba demasiado lejos.

—Ven aquí, que eres terca como una mula.

—¿Por qué lo dices?

—Porque eres como todas las mujeres. En apariencia, podría decirse que te desvives por contentarme y que para ti soy lo único que cuenta. Pero, en realidad, haces lo que te viene en gana, como las mulas.

—No es verdad. Siempre te obedezco.

—En cierto sentido, es verdad. Cuando tú tienes ganas de hacer algo, te las arreglas para convencerme de que soy yo quien lo desea. Claro, cariño; no me negarás que te conozco. Y eres tan puta como todas.

—¿No te da vergüenza?

—No.

Al final estallaban en carcajadas y la mayor parte de las veces acababan revolcándose en la cama.

Con Marguerite era distinto. Uno no podía revolcarse en la cama ni emplear palabrotas, pues éstas hacían que se estremeciera y se encerrara en el acto en un mutismo reprobador.

Todavía iba a comulgar todas las mañanas y, de vez en cuando, a última hora de la tarde se arrodillaba un rato en la penumbra de la iglesia, cerca del confesionario.

—Entonces, ¿has ido a rezar?

—He rezado por ti, Émile.

No odiaba a Marguerite, sino a sí mismo por haberse casado con ella, porque no era la clase de hombre que podía hacerla feliz.

Bouin bajó en zapatillas y con la bata de lana echada sobre el pijama.

Buscó por todas partes, en el salón, en el comedor, en la cocina. A causa de la fiebre, cuando se agachaba para mirar debajo de los muebles le dolía la cabeza.

De vez en cuando emitía el ligero silbido al que el gato estaba acostumbrado y a veces lo llamaba con una voz dulce que dejaba traslucir su angustia.

—*Joseph... Joseph.*

Después se calzó las botas de goma y se echó sobre la bata la primera prenda de ropa que descolgó del perchero, que era una vieja chaqueta de cuero negro. Le traía sin cuidado hacer el ridículo.

—¡Émile! —lo llamó su mujer desde lo alto de la escalera—. ¡No salgas! Vas a coger algo...

Aun así, recorrió el callejón a oscuras, caminando sobre la nieve que crujía bajo sus pies. Dos o tres veces estuvo a punto de resbalar y caer cuan largo era.

Un niño que lo seguía con la mirada desde la ventana iluminada de la segunda de las casas, con la cara pegada y la nariz aplastada contra el cristal, se volvió para llamar a su madre, a quien se vislumbraba por la puerta abierta de la cocina. ¡Su indumentaria asustaba a los niños!

Aunque cuando lo dejaban salir solo para hacer sus necesidades, el gato nunca iba más allá de la línea invisible que separaba la calle del callejón, Bouin caminó hasta la Rue de la Santé.

—¡*Joseph!*

Tenía ganas de llorar; nunca habría imaginado que la ausencia del gato pudiera afectarlo tanto y hacer que se sintiera tan desamparado.

En la calle vivían dos perros, un basset oscuro que pertenecía a una mujer que vivía sola y un lulú de Pomerania que una niña de doce o trece años solía llevar de la correa. Jamás se había producido altercado alguno entre ellos y *Joseph*. Cuando éste se tropezaba con los perros, se limitaba a mirar hacia otro lado, desdeñoso, y si era necesario bajaba de la acera para cederles el paso.

Se había dejado la puerta entreabierta. La empujó, se despojó de la chaqueta de cuero y las botas de goma y subió a su habitación. Iba a meterse de nuevo en la cama, con la mirada endurecida y el rostro crispado, cuando se acordó de la bodega y se dispuso a bajar. Marguerite lo siguió, visiblemente nerviosa, hasta la planta baja.

—¿Has ido a buscar leña? —le preguntó él.

—Claro, tenía que calentar.

Aún no la estaba acusando, pero empezaba a sospechar. Una vez en la bodega, encendió la mísera bombilla del techo y se puso a buscar entre las cajas viejas, las botellas y los leños.

—¡*Joseph!*

Lo encontró por fin en un rincón al fondo, contra la pared húmeda, detrás de una pila de gavillas. El animal estaba tieso, con los ojos abiertos e inmóviles y el cuerpo retorcido. Parecía mucho más delgado que cuando vivía. Se le había quedado pegada un poco de baba en el hocico y en el suelo de tierra batida se veía un vómito verdoso.

Émile lo tomó en brazos y trató en vano de cerrarle los ojos; el contacto con el cuerpo helado le procuró una extraña sensación a lo largo de la columna vertebral.

No era un hombre colérico. Rara vez se había peleado con alguien, más que nada en algún café y sólo en una ocasión en una obra, pero nunca había perdido el control. Sin embargo, ahora su rostro había adquirido una expresión malvada. Con el animal en brazos, miraba a su alrededor como si buscase algo.

Y, efectivamente, lo encontró.

En el callejón abundaban las ratas. A veces, desde las ventanas del primer piso se las veía merodear entre los cubos de basura y Marguerite les tenía muchísimo miedo.

—¿Crees que las hay en nuestra bodega?

—Es posible.

—Si estuviera completamente segura, ya no me atrevería a bajar.

Bouin había comprado un producto a base de arsénico que podía encontrarse en las droguerías. De vez en cuando, untaba con él lonchas de pan que luego dejaba en un rincón de la bodega.

Con todo, nunca encontró más que una sola rata muerta, aunque lo cierto es que era enorme, tan grande como *Joseph*. Tal vez alguna otra habría ido a morir a otro sitio.

El frasquito de metal que contenía el raticida estaba en un tosco estante donde iban a parar los diversos objetos que no tenían un sitio asignado. Dejó el gato un momento, encendió una cerilla, vio el antiguo cerco que la caja había dejado en la madera polvorienta y advirtió que había un cerco nuevo. Después tomó el cuerpo del gato y volvió a subir, con tanta lentitud y tan pesadamente que a buen seguro Marguerite tuvo que sentirse amenazada.

En un primer momento, ella contempló la posibilidad de refugiarse en el piso de arriba, pero como él le cerraba el paso, se precipitó al salón. Cuando trató de cerrar la puerta con llave, él adelantó el pie, empujó el batiente y se acercó a ella con la misma lentitud. Con la mano izquierda, la agarró por los cabellos mientras, con la derecha, acercaba el cuerpo de *Joseph* a aquel rostro aterrado.

—¡Mira, carroña! ¡Miralo bien!

Con el cuerpo agitado por una serie de temblores y los ojos desorbitados, Marguerite pidió socorro a gritos. Había perdido el control y daba la sensación de estar loca.

—¡Émile! ¡Émile! Serénate, por favor... ¡Me das miedo!

Pero él siguió restregándole el pelaje del gato por la cara hasta que ella cayó de rodillas al suelo y se vino hacia delante, como si se hubiera desmayado.

—¿Crees que no me doy cuenta de que estás fingiendo? ¡Lo único que haces es fingir, zorra! ¡Me pregunto qué me impide ir a buscar el veneno y metértelo a la fuerza por la garganta!

Jadeaba y la cabeza le daba vueltas. Debía de estar morado y a buen seguro tendría un aspecto espantoso.

Ella permanecía inmóvil. Para calmar los nervios, Bouin barrió de un manotazo todas las baratijas y las fotos que se hallaban alineadas encima del piano. Después, sin echarle ni una ojeada a su mujer, subió los peldaños de la escalera sin soltar el gato, que depositó sobre la cómoda con delicadeza.

Debía de haberle subido la fiebre y todo le daba vueltas. Se metió de nuevo en la cama, apagó la luz y se quedó quieto, con los ojos abiertos.

Al principio, en la casa no se oía ningún ruido. Durante más de un cuarto de hora reinó el silencio. Luego se produjeron una serie de sonidos indistintos, como si alguien arañara, y se oyó una puerta que se abría con precaución, y después otra.

Marguerite había atravesado el comedor para llegar hasta la cocina, seguramente porque necesitaba tomarse un buen trago de su famoso cordial.

Más tarde, él encontrarla el vaso usado junto al fregadero.

Hubo de transcurrir una hora antes de que ella se atreviera a subir y aún se pasó cierto tiempo escuchando, con la oreja pegada a la puerta. Por fin, entró en la habitación y tras una breve vacilación, se acostó en la cama sin desnudarse.

Ninguno de los dos durmió mucho. Émile respiraba mal aunque logró conciliar el sueño en varias ocasiones, pero cada vez lo despertaban pesadillas, que luego intentaría en vano recordar.

A las seis abrió los ojos definitivamente. Como le dolía la cabeza estuvo a punto de quedarse en la cama. Había sudado mucho y tanto el pijama como la almohada se notaban húmedos.

Su mujer dormía; no había conseguido mantenerse en guardia hasta el final y su actitud parecía tan atormentada como la que tenía el gato en la bodega.

Se sentía vacío e incapaz de pensar. Se puso la bata de forma mecánica, tomó al gato por dos de las patas, como si fuera un conejo, y enfiló la escalera.

Joseph había dejado de ser un compañero, un ser vivo que había compartido una parte de su existencia y cruzado con él tantas miradas. Ya no era más que un cadáver, una cosa inerte que empezaba a heder.

Antes de decidirse, se quedó de pie en el pasillo, pero luego abrió la puerta y dio tres pasos hacia el cubo de la basura. Los basureros aún no habían pasado. Levantó la tapa y colocó el cuerpo, que había perdido el *rigor mortis*, sobre los detritus.

Acto seguido, se lavó las manos en la cocina y se preparó café.

No dudaba de la culpabilidad de Marguerite. ¿Acaso la actitud temerosa que había adoptado ella cuando él bajó a la bodega no era una prueba fehaciente?

No bebió más que unos pocos sorbos, porque el café le revolvió el estómago. Se levantó, abrió su aparador y cogió la botella de vino que ya estaba empezada.

Como de costumbre, era un tinto de calidad superior. Apuró dos vasos uno detrás de otro, con los codos apoyados en el hule de la mesa. Aún tardaría en amanecer. Corría el mes de diciembre y la noche anterior el cielo estaba cubierto y, una vez más, amenazaba nieve.

En un primer momento, contempló la posibilidad de marcharse. Pero ¿adónde? ¿A alquilar una habitación en algún hotelito mientras buscaba otro alojamiento? En ese caso, tendría que llevarse sus muebles y dejarlos en depósito en algún sitio.

De su primer matrimonio aún conservaba la cama, el sillón donde siempre se sentaba cuando se encontraba en el salón y el televisor, así como el escritorio con persianilla que se hallaba arriba, un regalo que Angèle le había hecho por Navidad, apenas un año antes del accidente. Y la Navidad volvía a estar a la vuelta de la esquina.

No pensaba aceptar más regalos de Marguerite, que solía regalarle zapatillas, camisas o calcetines. Y él tampoco se los haría.

Todo había terminado entre ellos dos. Marguerite acababa de revelarse en su verdadera naturaleza, como, en varias ocasiones, él había sospechado que era realmente, a despecho de sus modales melifluos.

Bouin se sirvió un tercer vaso de vino. No quería estar allí arriba con ella.

Que durmiera, que sudara su maldad. Nunca más volvería a dirigirle la palabra.

Aunque normalmente no eran conscientes de ello, los dos ya eran viejos y dentro de pocos años morirían. Acaso por culpa de un gato recogido en la calle...

Pero no debía flaquear. *Joseph* no era lo único que estaba en juego, sino que a través del gato, ella había querido herirle a él.

Desde que entró en aquella casa, y en concreto desde que se casaron, comprendió que Marguerite se había propuesto que nada cambiara.

Tiempo atrás, el abuelo Doise, cuyo nombre de pila era Arthur, un hombre de patillas, levita y cuello alto, como en las fotografías del álbum, fundó la fábrica de galletas Doise en la Rue de la Glacière y, poco a poco, hizo de ella una empresa próspera.

Sólo tenía un hijo, Sébastien, y una hija llamada Éléonore, de quien había un retrato amarillento en el álbum de cuero azul con cantos dorados y en cuyas tapas se veía una flor de hilo de cobre y esmalte. Éléonore murió a los trece años a causa de la tuberculosis, la misma enfermedad que más adelante provocaría la muerte de la madre de Marguerite.

Cuando Sébastien se casó ya era un hombre barrigudo que rozaba la cuarentena, y que también llevaba levita y un reloj de doble cadena de la que colgaban unos dijes.

Poco a poco, se había creado un espíritu Doise, una atmósfera Doise y unos ritos propios de la familia. El callejón se construyó en una época en que la construcción de edificios se consideraba la inversión más segura, y tanto en París como en los alrededores surgían calles enteras nuevas.

Tiempo después, Sébastien encargó la fuente y la palabra callejón sería sustituida: en la placa blanca y azul, al igual que en el papel de cartas y en las tarjetas de visita, se podía leer: PLAZOLETA SÉBASTIEN-DOISE.

Cuando el viejo Arthur y la mujer de Sébastien murieron, en la casa no quedó más que una niña, Marguerite. Su padre la llevaba de paseo, ataviada con vestidos llenos de bordados y puntillas, por Champs-Élysées y el Bois de Boulogne. Una fotografía los inmortalizó a ambos en un landó de alquiler.

Sébastien distaba mucho de dedicar todo su tiempo a la fábrica de galletas, como había hecho el viejo Arthur. Frecuentaba los círculos mundanos y le gustaba pasar la tarde en las carreras, con los prismáticos en bandolera y tocado con un sombrero hongo gris.

Marguerite estaba al cuidado de una gobernanta, Mademoiselle Piquet. En la casa disponían también de los servicios de una cocinera y una mujer que iba a hacer la limpieza varios días a la semana. Asimismo, un joven llamado Frédéric Charmois impartía lecciones de piano a la hija adolescente, que acabaría casándose con él.

Todo eso formaba una unidad y la casa parecía definitivamente protegida contra cualquier ataque del exterior. Sin embargo, en la Rue de la Glacière trabajaba un tal Victor Sallenave, que entró en la fábrica como contable del anciano Arthur. A la muerte de éste, cobró cada vez más influencia y no tardó en colocar a su hijo Raoul en su puesto.

¿Qué había ocurrido en verdad? Marguerite no hablaba con claridad y se limitaba a aludir indirectamente a aquellos sucesos. Bastante le había costado ya a Émile hacerle confesar que dos mujeres de la familia habían muerto de tuberculosis.

—¿Por qué iba a serlo? —respondió ella con aire inocente cuando le preguntó si su padre era jugador.

Incluso muertos, los Doise tenían que seguir siendo intachables. Todos los relatos familiares adquirían tonos pastel o de acuarela; todo era puro y delicado, como el perfil poético del violinista.

Sin embargo, Sébastien Doise había tenido que hacer frente a la quiebra, una palabra aún más aborrecida que la palabra «tuberculosis».

Para evitar la mancha indeleble del escándalo, Sébastien transfirió sus poderes a los Sallenave, padre e hijo, de modo que una vez fallecido el padre, ahora era Raoul Sallenave el dueño y señor de la Rue de la Glacière y los muelles de Ivry, donde había hecho construir nuevos edificios.

¿Qué hacía en aquella casa el hijo de un albañil de Charenton, un pedazo de bruto que ejercía de inspector de obras? ¿No le había dejado Marguerite muy claro el abismo infranqueable que los separaba?

Se había casado con él porque la asustaba quedarse sola y no tener a nadie que cuidase de ella en caso de necesidad, y porque en casa hacía falta un hombre, aunque sólo fuera para cortar y subir la leña y sacar el cubo de la basura. También cabía la

posibilidad de que el contacto con un hombre que iba a tomar una taza de té con ella casi a diario hubiera turbado a la viuda, que estaba envejeciendo.

Sea como fuere, las cosas no salieron bien. Ella se había puesto tensa desde el primer contacto físico que mantuvieron y las dos camas constituían un símbolo de su malograda unión. En resumidas cuentas, él no era más que un intruso y, en su fuero interno, ella debía de acusarlo de haber recurrido a artimañas para meterse en su casa. ¡Como si ella no lo hubiera llamado!

Sucedió una calurosa mañana de agosto en que él estaba asomado a la ventana. Cuando vivía Angèle, a veces se tomaban unas vacaciones y se iban a la playa o al campo, pero desde que era viudo rara vez abandonaba París. ¿Qué habría hecho, solo, fuera de su hogar?

En la casa de enfrente, Marguerite abrió de improviso la puerta con ademán dramático. Eran las diez de la mañana y a lo largo del callejón podían verse las colchas, las sábanas y los colchones ventilándose en los alféizares. La mujer buscaba a alguien a quien dirigirse, mirando con ansiedad y muy trastornada a su alrededor.

—¡Señor! —lo interpeló ella desde la calle.

Él se levantó.

—¿Me haría el favor de bajar? Hay que hacer algo rápido o se inundará toda la casa.

Él bajó como estaba, sin chaqueta, y atravesó la calle.

—¿Qué sucede?

—Un escape en el cuarto de baño. Y yo no tengo ni idea...

Él subió la escalera de esa casa desconocida que, sin embargo, se parecía a la casa de la que acababa de salir. En el cuarto de baño había reventado una cañería, de la cual surgía un auténtico géiser de agua casi hirviendo.

—¿No tiene usted herramientas? ¿Una llave inglesa grande?

—Me parece que no, no... Nunca he prestado atención a esas cosas. En la bodega había herramientas, pero estaban oxidadas y me deshice de ellas.

—Vuelvo enseguida.

Bouin regresó a su casa y cogió lo que necesitaba.

—¿Dónde está el contador?

—Debajo de la escalera. ¡Dios mío! ¡Se va a estropear el techo!

Cinco minutos después, ya no salía agua.

—Déme un cubo y una bayeta.

En el cuarto de baño había varios centímetros de agua caliente que, pese a las protestas de la mujer, enjugó a conciencia.

—No se moleste, por favor. Me da vergüenza haberlo llamado. ¡Alguien a quien ni siquiera conozco!

—Ahora ya me conoce.

—Déjeme que acabe yo, no es trabajo para un hombre.

—¿Quiere mojarse usted también?

Procedía de prisa y sin impacientarse, como un hombre acostumbrado a trabajar con las manos.

—¿Tendría una toalla limpia?

Bouin volvió a ponerlo todo en su sitio y, cuando hubo acabado, no quedó el menor rastro de lo ocurrido.

—La cañería es vieja y está en mal estado. No deben de haberla cambiado desde que se construyó la casa, y eso no fue precisamente ayer...

¿La habría ofendido?

—No lo sabía. Y entonces, ¿qué puedo hacer?

—Yo podría soldarla, pero no aguantaría mucho tiempo. Lo mejor sería cambiarla hasta el tubo principal. A ver... tres metros..., tres metros y medio...

¿Conoce a algún fontanero?

—No recuerdo haberlo necesitado, por lo menos desde que murió mi marido. Y antes no era yo quien me encargaba de estas cosas.

Parecía tan débil, tan desamparada, tan sola en aquella casa, que le propuso lo siguiente:

—¿Quiere que me encargue yo?

—¿Es usted fontanero?

—No exactamente, pero me las apañó.

—¿Me saldrá muy caro?

—Lo que cuesten los tres metros y medio de tubería.

Bajaban uno detrás de otro por la escalera.

—¿Qué puedo ofrecerle? ¿Le apetece una copita?

Ese día Bouin trabó conocimiento con el famoso cordial.

—¿No le gusta?

—No está mal.

—Cuando era pequeña, me lo daban como remedio contra la anemia, sólo un vasito antes del almuerzo. La verdad es que nunca he sido muy fuerte.

A Bouin le pareció divertido. Regresó a su casa para cambiarse y luego compró un trozo de tubería en la ferretería. Cuando llamó a la puerta, ella se había puesto un vestido de un color rosa anticuado y se había arreglado el pelo.

—¿Qué de prisa ha vuelto! ¿Seguro que no abuso de usted? ¿No tiene otras obligaciones?

—No tengo nada que hacer en todo el día.

—Es verdad que a menudo lo veo sentado a la ventana. ¿También vive usted solo?

—Desde que enviudé.

—¿Y no trabaja? Antes se iba usted temprano y no volvía hasta por la tarde.

—Me jubilé hace seis meses.

Ella no se atrevía a preguntarle cuál había sido su oficio. Bouin había traído consigo un soplete y una caja de herramientas, y tardó algo más de una hora en

acabar.

—¡Qué amable ha sido usted! Una mujer sola se siente tan torpe y desvalida cuando sucede cualquier nimiedad...

—Si tuviera otro escape, o cualquier otra cosa, no dude en llamarme.

—¿Cuánto le debo?

Se sacó del bolsillo la factura de la ferretería, que ascendía a quince francos y unos cuantos céntimos.

—¿Y su trabajo?

—No quiero que me pague. Estoy encantado de haber podido serle útil.

—¿Se tomará usted otra copita?

—Para serle franco, sólo bebo vino.

—¡Y yo que no tengo en casa! Oiga, vuelva esta tarde, que me habré procurado una buena botella.

—Bastará con un tinto corriente. No estoy acostumbrado al vino bueno.

El sol brillaba mientras los dos sonreían, de pie en el umbral.

A Bouin no le gustaba recordarlo.

Ahí estaba, en bata y zapatillas y en un estado lamentable. La cocina no se había caldeado. Le goteaba la nariz y tenía que sonarse sin cesar.

Fue al salón a buscar uno de sus puros italianos, pero el tabaco sabía mal.

En los tres días que llevaba en cama no había fumado y apenas comido. Se había tomado las tazas de zumo de limón caliente con miel que Marguerite le llevaba; también le había preparado un flan. A ella no le hizo gracia que rechazara las cataplasmas de harina de mostaza que habría querido aplicarle, bien calientes, en el pecho y la espalda.

¿Y ahora qué pasarla? Al oír el grifo abierto en el piso de arriba, dedujo que ella acababa de levantarse y estaba lavándose los dientes. Debía de estar asustada. Bouin se preguntaba si una vez vestida se atrevería a bajar.

¿Cuántos vasos de vino se había bebido? La botella estaba vacía. Se levantó para coger otra del único aparador, pues entonces aún compartían el mismo. Por lo general, bebía con moderación, podían contarse con los dedos de una mano las veces que se había emborrachado.

Esa mañana la sangre se le había subido a la cabeza y debía de estar colorado. Le parecía que había su cedido algo muy importante cuyas consecuencias aún no podía calcular.

Puesto que Marguerite había envenenado al gato, todo se revelaba falso, como ya había sospechado aunque no había querido darle crédito.

Determinadas imágenes le volvían a la mente y recordaba ciertos fragmentos de frases y ciertas miradas.

Nunca habían hablado de amor, ya no tenían edad para ello. ¿Era amor lo que había sentido por Angèle, su primera mujer? ¿Acaso Marguerite, a pesar de sus melindres, había amado realmente a su primer marido?

A estas alturas se hacía difícil establecer cuál de los dos se planteó primero una vida en común. Lo único que los separaba era la anchura del callejón.

Ninguno de ellos había permanecido mucho tiempo solo, bien al contrario, estaban acostumbrados a vivir en pareja.

Él vivía solo en aquella habitación, justo encima del joven matrimonio que acababa de tener un bebé. Ella también se sentía sola en una casa donde no podía por menos de hallarse un poco perdida y un poco asustada. Cuando él iba a visitarla por la tarde, Marguerite se mostraba encantadora, así que no parecía que convivir con ella pudiera ser complicado, aunque tal vez hablaba demasiado de la época de esplendor de su familia y de su infancia dorada.

Sin embargo, daba la impresión de que miraba a sus semejantes con una bondad no exenta de humor, excepto a los Sallenave, padre e hijo, dos seres que, en su imaginación, se convertían en traidores de melodrama porque se habían enriquecido con la fortuna que le correspondía a ella. Raoul Sallenave vivía en un espacioso piso del Boulevard Raspail y se había hecho construir una lujosa mansión a orillas del Sena, justo al lado del bosque de Fontainebleau.

¡Las Galletas Doise! ¡El dinero de los Doise! ¡La honradez de los Doise, que los había constreñido a vender una de las dos hileras de casas de la plaza que llevaba su nombre!

Por aquel entonces ya se hablaba de tirarlo todo abajo para construir edificios de viviendas de alquiler, y Marguerite había recibido algunas ofertas.

—Me he negado, por supuesto: antes prefiero morirme de hambre.

Bouin debería haber sido menos confiado: la escuchaba sonriente, pero el hecho de que ella no le hiciera preguntas sobre él habría debido de ponerlo sobre aviso.

En resumidas cuentas, el único ser vivo por quien Marguerite se interesaba era ella misma, y su cortejo de difuntos que no cesaban de envolverla con una suerte de halo protector.

Bouin se había dado cuenta de que si ella no quería criada, ni mujer de la limpieza, era porque no habría soportado que en su casa hubiera otra persona de su mismo sexo.

Sin embargo, podía necesitar ayuda, si no ahora, más adelante; bastaría con que se pusiera enferma o se rompiera una pierna. Ni siquiera disponía de teléfono para pedir ayuda, puesto que había hecho que le cortaran la línea.

—Nadie tiene el menor motivo para telefonearme. Me llevaría un buen susto cada vez que alguien se equivocase de número.

Él había sospechado que ella era avariciosa, pero ahora estaba seguro de que era tacaña y de que eso había desempeñado un papel importante en el hecho de que se casara con él: así ella tendría a su disposición, de día y de noche, a alguien a quien no hacía falta pagar.

Y además Bouin contaba con una pensión. Un día había comentado, sin intención alguna, que si volvía a casarse, al morir él su viuda seguiría cobrando la mitad de su

pensión.

Ella nunca hablaba de sus propiedades. Todavía era la dueña de una hilera del callejón, y una vez por trimestre los inquilinos acudían a pagarle el alquiler y se turnaban para entrar uno por uno en el salón. Bouin no sabía ni lo que le abonaban ni lo que hacía su mujer con aquel dinero.

¿Acaso lo ingresaba en el banco? ¿Se ocupaba alguien de sus inversiones?

Marguerite no mencionaba más que los gastos, las reparaciones que los inquilinos le exigían, los techos con goteras y las ventanas y puertas que había que reparar.

—Cualquiera diría que disfrutan haciendo cuantos más destrozos mejor, así que los alquileres no bastan para cubrir el mantenimiento de los inmuebles.

No sentía el menor afecto por él, como demostró cuando permaneció, tensa y frígida, entre sus brazos. Para ella, no era mucho más que un criado.

Puede que él exagerase, mas después de lo que ella acababa de hacerle estaba en su derecho, como también tenía derecho a beber y a fumarse sus puros. ¿Qué sucedía cuando, después de cenar, encendía alguno en el salón, frente al televisor? Ella se precipitaba a abrir la ventana de par en par y, aunque se abrigaba con el más grueso de sus chales, temblaba de frío para darle a entender que por su culpa se arriesgaba a pescar una pulmonía.

No era más que uno entre cientos, miles de detalles. Una vez que se hubieron casado, por ejemplo, Bouin le propuso compartir los gastos de la casa, lo que para él significaba pasarle cada mes una cantidad que tenían que fijar de común acuerdo. No obstante, a su regreso del mercado, ella traía consigo las facturas de las tiendas y las guardaba en un cajón junto con las del agua, la electricidad y el servicio de recogida de basuras. Y lo cierto es que se quedó perplejo cuando, al finalizar el primer mes que llevaban como matrimonio, ella le dijo que había hecho las cuentas.

Con las gafas puestas, le exigió que repasara con ella las notas de los proveedores, de la lavandería, etcétera.

—Repasa la nota, tengo mucho interés en que lo hagas.

Luego Marguerite dividió la suma por dos.

—Haremos lo mismo todos los meses. Y as, no habrá discusiones.

Él fue a buscar el dinero a la habitación. Lo guardaba en un cajón de la cómoda que no podía cerrarse con llave, pero eso no le preocupaba.

¿Era amor la conducta que mostraba ella hacia él? ¿Podía hablarse de afecto, de confianza?

Cuando iban al cine, cada uno pagaba su entrada.

—Es lo justo —decía ella.

Marguerite solía espiarlo cuando comía y ponía cara de asco si, por ejemplo, él utilizaba una cerilla a modo de palillo. Se las ingeniaba para, con palabras en apariencia triviales y miradas insistentes, ponerlo en evidencia cada vez que infringía las reglas de los buenos modales.

Todo en él le resultaba chocante, no sólo el gato que todas las noches dormía pegado a sus piernas.

—Mi primer marido tenía la piel tan lisa como una mujer —observó ella un día que él se paseaba por la habitación desnudo de cintura para arriba.

Eso equivalía a decir que el vello negro e hirsuto que le cubría el cuerpo le resultaba repugnante.

«Siempre me ha detestado», se decía Bouin. Marguerite también aborrecía a los Sallenave, tal vez porque necesitaba detestar a alguien, tal vez para llenar el vacío de sus horas.

Ella se pasaba todo el santo día pisándole sigilosamente los talones.

—¡Vaya! Hoy no sólo has bebido vino...

Marguerite no se equivocaba: en aquella ocasión Bouin se había encontrado con un antiguo compañero y habían tornado juntos dos o tres copas durante el aperitivo.

Ella siempre estaba al tanto de cualquier cosa y quería enterarse de todo.

Se tomaba su tiempo antes de plantear preguntas en apariencia inocentes, aunque ninguna de ellas era realmente inocente. Algunas guardaban relación con acontecimientos que se remontaban a varios meses atrás, pero que ella recordaba hasta en los menores detalles.

Se regocijaba al comparar las respuestas actuales con otras que Bouin le había dado en el pasado.

—¡Vaya! Si, me dijiste que...

Había momentos en que Bouin tenía la sensación de estar aún en la escuela, delante de una maestra empecinada en pillarlo en falta y que no se daba por satisfecha hasta que, al final, él enrojecía y confesaba.

—¿Es verdad que tu primera mujer no era celosa? —Es verdad.

—O sea, que no te quería.

—Yo creo que sí. Nos llevábamos bien.

—¿Eras feliz con ella?

—No me sentía desgraciado.

Angèle nunca hacía preguntas ni en su casa había reglas: no comían necesariamente a horas fijas. Si la cena no estaba lista, cenaban en el restaurante. Tampoco tenían horarios y las escasas veces que se peleaban más bien formaban parte del juego.

—¿Te aprovechabas?

—¿De qué?

—De que no fuera celosa.

—A veces.

—¿Y ahora?

—Aún no he tenido ocasión.

Él mentía y ella se daba cuenta, parecía que tuviera antenas.

—Pero ¿crees que algún día tendrás?

—No creo nada. No me planteo el futuro.

—Tu primera mujer no tenía mucho amor propio. —¿Por qué?

—¿No lo entiendes?

—No...

—Que llegue a casa de una un hombre que acaba de ensuciarse en el vientre de otra mujer, una mujer a quien apenas conoce y que tal vez le haya contagiado una enfermedad asquerosa... Acostarse en la misma habitación que él y compartir el cuarto de baño...

A él no se le ocurría qué replicar, así que se limitaba a mirarla con una expresión que debía de ser estúpida.

—Yo no lo consentiría, sino que le diría: «Ahí tienes la puerta».

¡Como a un criado!

¿Lo seguía a veces Marguerite por la calle cuando salía por las tardes? Por un tiempo sospechó que así era y en varias ocasiones se dio media vuelta bruscamente. Es cierto que, durante unos meses, la vio en dos ocasiones. La primera vez ella se metió en una tienda, la segunda dio de improviso media vuelta. A su regreso a casa, él no le preguntó nada.

Prefería no pensar en esas cosas desagradables para no perder la alegría de vivir. Peor para ella si poco a poco empezaba a tomarle manía, porque él se las arreglaba para llenarse los días con pequeñas alegrías. Y, además, tenía a *Joseph* por fiel compañero, *Joseph*, que a veces parecía reprocharle que hubiera cambiado de casa que le hubiera impuesto la presencia de una extraña y, en suma, que lo hubiera traicionado.

¿Se atrevía ella a pegarle al gato en su ausencia? Creía que no, ya que, por más que eso la hubiera aliviado, temía demasiado a *Joseph*.

Había hecho algo mejor aún: lo había matado. Y, al obrar de ese modo, no arremetía sólo contra *Joseph* sino también contra él, Émile, cuya presencia y cuyo olor le gustaban tan poco como los del gato.

Durante años, Marguerite estuvo esperando la ocasión, aunque no tuvo la suficiente paciencia para esperar un año más, tal vez dos, a que el gato se muriera de muerte natural.

Aunque estaba bebiendo, Bouin sentía que mantenía cierta frialdad, y, de hecho, estaba convencido de que veía las cosas con más claridad y objetividad que nunca.

Ella era una arpía. No había más que coger las fotografías y observar la facha de su primer marido, el famoso primer violinista de la ópera, para darse cuenta de que era un calzonazos que se dejó engatusar durante más de treinta años.

En cuanto a Sébastien, el padre, aquel hombretón que chocheaba y se ponía dijes de adorno, tenía tantos pecados que hacerse perdonar que, cuando regresaba a casa, se lo consentía todo a su hija.

Ya era una arpía en la época en que paseaba por el Bois de Boulogne en un landó tirado por dos caballos. Una arpía, asimismo, el día en que se casó con Frédéric

Charmois. Porque existía una fotografía de la boda, por supuesto, de hecho el álbum estaba repleto de fotos. La fábrica de galletas tomada desde la calle. El patio de la fábrica de galletas con todo el personal Dolse posando en varias filas en torno a Sébastien. Arthur, el viejo Doise, sentado en su sillón y luego en su despacho. Su hermana, con un peinado como el de la emperatriz Eugenia. Otros Doise, sobre todo viejos, y algunos bebés tumbados sobre pieles de oso. Luego venía Marguerite, fotografiada por su prometido a orillas del río, con un sombrero grande y la sombrilla de borde puntiagudo.

El álbum presidía la estancia encima del piano, como si fuera un tesoro.

Bouin no podía ingresar en él porque ella jamás le había pedido una foto suya, ni siquiera cuando se casaron le propuso que acudieran a un fotógrafo.

El único perro que aparecía en el álbum era uno de raza, de pelaje cuidado y tan distinguido como el marido, ese violinista de tres al cuarto. Aparte de ése, ningún otro bicho. No había lugar en esa casa para los animales, salvo para el loro que Marguerite compró semanas después de la muerte de Charmois, para reemplazarlo.

Era un loro que no hablaba, pero ¿no era mejor así? ¿Hablaban acaso Charmois? Se limitaba a impartir clases de violín y, por la noche, se ponía el traje y la corbata blanca y se encaminaba a la estación de metro de Denfert—Rochereau para ir a la ópera, a la que accedía, henchido de orgullo, por la entrada de artistas.

—¡Maldita sea su estampa!

Estaba furioso y se sentía desdichado. Marguerite lo había herido donde más le dolía y no encontraba la manera de devolverle el golpe.

La odiaba y la despreciaba.

«Una basura, eso es lo que es...».

Echaba de menos a Angèle y le venían ganas de llorarla, de hablar y desahogarse con ella. Ella si era una mujer de verdad, una mujer como Dios manda, que no te venía con galletitas empalagosas. Incluso las galletas Doise constituían un mal recuerdo, sobre todo aquellas que los Doise habían bautizado como Delicias de Francia, un nombre pretencioso y cursi que retrataba a la perfección la mentalidad de la familia.

En realidad, lo que se fabricaba en la Rue de la Glacière eran productos baratos, la clase de golosinas que uno no se compra para sí mismo, sino para regalárselas a los niños cuando se va de visita y no se sabe qué otra cosa ofrecerles.

Las Delicias de Francia estaban hechas de una masa muy basta, de modo que uno tenía la impresión de comer arena. Luego las recubrían con una capa de azúcar de distintos colores sobre la cual dibujaban flores o arabescos, también a base de azúcar.

Cuando él tenía cuatro o cinco años y jugaba en la calle, una antigua vecina tenía la manía de llamarlo por la ventana.

—Ven aquí, pequeño. Tengo algo bueno que te gustará. Elige una —le decía después de ir por una caja de galletas Doise y abrirla como un cofrecillo de joyas en espera de que él se maravillase.

Esa mujer vivía sola; en el barrio se la tenía por una persona un poco loca y corrían rumores de que había sido actriz. De toda la calle era la única que se maquillaba, y a Bouin casi le asustaban aquellos ojos tiznados de negro.

«Zorra...».

No estaba borracho. Marguerite no se atrevía a bajar; de vez en cuando, él ola los ligeros pasos de ella sobre su cabeza, unos pasos solapados, como todo lo que había en ella.

—¿Quieres salir, Émile? Es hora de que *Coco* haga un poco de ejercicio.

El loro, que era estúpido y malvado, se llamaba *Coco*, y tampoco éste le perdonaba a Bouin que hubiera invadido la casa y, encima, hubiera metido en ella a un bicho rarísimo.

Bouin seguía rumiando sus rencores con ayuda del vino. De la misma manera que se carga una estufa, él hallaba sin cesar nuevos agravios que añadir a la lista. De repente, se levantó con la firme determinación de demostrarle quién era él.

¿Tenía un objetivo claro cuando entró en el salón con paso vacilante? Lo primero que hizo fue abrir los postigos, pues nadie lo había hecho aún esa mañana. La nieve empezaba a fundirse, aunque quedaba alguna placa en la acera, a ambos lados de la calzada. Un niño intentaba patinar y a Bouin le sorprendió descubrir que, fuera, la vida continuaba con normalidad.

Un basurero, que se hallaba de pie junto a un agujero circular, batía palmas para entrar en calor. Al vislumbrar a Bouin tras la cortina, lo miró con envidia, como si él no fuera a alcanzar los sesenta y cinco años y con ellos la edad de la jubilación. ¿Qué sería entonces de él?

¿Iba a bajar por fin Marguerite? Seguro que había oído el ruido de los postigos, pues supuso que tenía la oreja pegada a la puerta de la habitación; ella desconfiaba de todo, y en particular de él.

El loro, que se hallaba en la jaula, profirió uno de sus agudos chillidos y cuando Bouin se dio media vuelta su expresión era dura, malvada.

Ahora le tocaba a él ser el malo. Como ella siempre hablaba de justicia, no la pillaría desprevenida.

Sin dejar de mirar al animal, que le devolvía la mirada a él, dio dos pasos hacia la jaula, después la abrió y con cierta prudencia alargó un brazo. El pájaro desplegó las alas y Bouin consiguió atrapar una, al tiempo que un picotazo le hacía sangre en un dedo.

Sacar a la fuerza al animal por la estrecha portezuela era imposible. Habría podido estrangularlo, y aunque acababa de agarrarlo por el cuello, no pretendía hacerlo. Bouin metió la otra mano en la jaula y arrancó una pluma de la cola, la más larga, que era de un rojo brillante. Tuvo que tirar con fuerza, nunca habría imaginado que las plumas estuvieran tan fuertemente clavadas en la carne.

Arrancó dos, tres, cuatro...

«Ahora verás, vieja bruja», se decía.

Cinco... En cierto modo, era como si les arrancara las plumas a los Doise.

Seis... Las que venían ahora eran más pequeñas más ligeras, y las arrancó a puñados. La mano le sangraba, y también sangraban los cuartos traseros del pájaro.

Cuando por fin acabó, estaba agotado. Cerró la jaula con brusquedad y se agachó para recoger las plumas del suelo.

Se sentía asqueado y harto. Lo único que quería era meterse en la cama y dormir.

Contempló las abigarradas plumas que tenía en la mano y que formaban una suerte de ramillete. En un jarrón colocado encima del plano habitualmente había un ramo de siemprevivas. Después de quitar las flores para sustituirlas por las plumas, no pudo evitar sonreír con socarronería.

Al pasar junto a la puerta de la entrada, la entreabrió y lanzó fuera las siemprevivas, que quedaron desperdigadas sobre la nieve polvorienta.

Después Marguerite y él se cruzaron en la escalera. Ella debió de advertir la sangre que le manaba de la mano, pues apresuró el paso hacia el salón.

Cuando Bouin ya había llegado a lo alto de la escalera, Marguerite sólo profirió un grito. Él se dio media vuelta pero ni siquiera cuando oyó un ruido sordo se le pasó por la cabeza la idea de volver a bajar.

Bouin no tenía la culpa y Marguerite lo sabía perfectamente, tanto es así que cuando él le recordaba la muerte del gato con una notita hábilmente lanzada sobre su regazo, ella no se atrevía a replicar: «El loro».

Se sentía enfermo, febril. A causa del golpe que su mujer acababa de asestarle, había bebido más de lo razonable y la última media hora transcurrió en medio de una nebulosa de pesadilla.

Durante unos instantes vaciló ante la puerta abierta del dormitorio. La cama de su mujer estaba hecha y la habitación en orden, con su propia cama lista para acogerlo, las sábanas recién puestas y la funda de la almohada limpia.

¿No era aquélla una manera más de demostrarle que ella era una mujer perfecta, que sabía cuáles eran sus obligaciones, que él tenía la culpa de todo y ella era sólo una víctima?

La prueba de ello radicaba en que cuidaba de él a pesar de sus crueldades, que la noche anterior se había ofrecido a aplicarle una cataplasma de mostaza, que se preocupaba por su bienestar y le cambiaba la ropa de la cama aunque no tocara todavía.

¿Seguiría ella tendida en el suelo del salón, desmayada o fingiéndolo? Sin duda, Marguerite esperaba que él se preocupara, volviera a bajar, se pusiera histérico y le pidiera perdón, incluso que avisara al médico.

Después de no pocas vacilaciones, se dirigió por fin hacia la cama con una expresión de dureza en el rostro.

Dejó la puerta abierta y permaneció alerta. La fiebre lo devolvía a un pasado remoto, a la época en que, de niño, guardaba cama por anginas o con un fuerte catarro. Había algo infantil en sus sensaciones, en sus pensamientos, que tan pronto eran borrosos como precisos, y en las imágenes, que parecían las escenas de un sueño. ¿Acaso en el salón no se había comportado como un niño en una rabieta?

Aquello lo había tranquilizado momentáneamente, pero ¿se había sentido en verdad aliviado? ¿No tuvo que obligarse a llevar su acto, la idea diabólica que se le había ocurrido, hasta sus últimas consecuencias?

Aunque no se lo confesara, se sentía avergonzado. Sin embargo, por nada del mundo quería sentirse culpable con respecto a ella. Le habría encantado contraer alguna enfermedad, como cuando era pequeño, una auténtica enfermedad que pusiera su vida en peligro y que obligara al médico a ir a examinarlo dos o tres veces al día.

De esa manera, a pesar de los pesares, Marguerite se asustaría. Atenazada por sentimientos contradictorios, acabaría por admitir sus culpas y sería ella, y no él, quien se avergonzaría.

Mas no iba a ponerse enfermo; tendría que conformarse con una resaca, con toser, sonarse y sudar en la cama sin que nadie se compadeciera de él.

Nadie tenía derecho alguno a decir que él reclamaba compasión, pues le desagradaba que lo compadecieran. Era un hombre hecho y derecho y siempre se había bastado a sí mismo.

¿Era eso cierto del todo?

En realidad estaba haciendo trampa, porque trataba de alejar ciertos pensamientos todavía informes que, al precisarse, corrían el peligro de resultar desagradables.

Seguía pendiente de los ruidos, pero no se atrevía a levantarse y bajar.

«¿Te das cuenta de que esta vez no te ha funcionado el truco?».

Era curioso: de vez en cuando confundía a Marguerite con su madre.

La oyó moverse en el salón; captaba todos los ruidos y todos los frufrús.

Debía de estar levantándose poco a poco, atenta también al menor ruido.

Luego, tras ponerse en pie, debió de contemplar la jaula y al pájaro con la rabadilla desplumada, porque se la oía sollozar. Por último se encaminó hacia el pasillo y, entre sollozos iba balbuciendo palabras que él no alcanzaba a comprender.

A la derecha del pasillo, se veía un colgador de bambú que ya debía de estar allí en vida de Sébastien-Doise y del que colgaban la chaqueta de cuero y, del lado opuesto, un viejo abrigo verde de Marguerite.

Ella debió de cubrirse con él y calzarse las botas de goma encima de los zapatos. La puerta de la calle se abrió y volvió a cerrarse enseguida, y unos pasos rápidos retumbaron en la calle.

Él se precipitó hacia la ventana y la vio caminar presurosa hacia la Rue de la Santé. No llevaba nada en las manos. Se la veía agitada y, a pesar de que no gesticulaba, seguro que iba moviendo los labios prosiguiendo para sí misma con su dramático monólogo.

¿Adónde se dirigía de ese modo? Durante unos instantes se preguntó si no se encaminaba a la comisaría de policía a denunciar lo que él le había hecho.

Luego, metido de nuevo en la cama, no tardó en adormilarse.

Seguía siendo plenamente consciente de la situación: se había producido un acontecimiento muy grave que amenazaba con alterar el resto de su vida, de tal manera que nada le permitía adivinar qué sucederla exactamente.

Después de todo, quizás era mejor que hubiera ocurrido todo aquello, porque tarde o temprano la situación tenía que estallar. Ya había sufrido bastante tiempo los ataques solapados de la anciana. Aunque él no se sentía viejo, ella sí se lo parecía: le parecía más vieja que su madre, que murió con cincuenta y ocho años.

Seguro que Marguerite se iba a salir con la suya: ¿quién sabe si no se le habría metido entre ceja y ceja ir a consultar a un abogado?

Transcurrió media hora. Cada vez que oía algún ruido en el callejón, Bouin se sobresaltaba.

Marguerite se había pasado la vida imaginando des gracias por las que sufría de antemano aunque jamás fueran a suceder. Su avaricia, por ejemplo, provenía del miedo enfermizo que le inspiraba el porvenir, del recuerdo de su padre arruinado y del hecho de que la fábrica de galletas pasara a manos de extraños.

Podía caer enferma o, de repente, encontrarse impedida para siempre.

Aunque en algún momento contó con que él cuidase de ella, ahora ya no lo esperaba; el día de mañana necesitaría una enfermera, pero ¿estaría en situación de costeársela durante varios años?

La palabra «hospital» se había convertido en una obsesión para ella: cuando pensaba que podía llegar a encontrarse en una cama extraña, expuesta a las miradas curiosas de ocho o diez enfermos, se sentía presa del pánico.

Necesitaba dinero aunque sólo fuera para poder pagarse la estancia en una clínica privada. Éste era un tema en el que ya solía pensar cuando Frédéric Charmois aún vivía, tal vez incluso en vida de su padre.

A Marguerite todo le daba miedo, absolutamente todo, pero lo que más temía era la miseria, y por eso se estaba dejando la vida en su empeño por mantenerse firme de antemano ante ella.

«Marguerite me enterrará», había pensado a menudo Bouin, y así se lo había dicho a su mujer.

—Eso espero —murmuró Marguerite en una ocasión—. Para una mujer, quedarse sola resulta menos duro que para un hombre, porque los hombres son incapaces de cuidar de sí mismos, son menos sufridos que nosotras.

De uno u otro modo, al final siempre se las ingeniaba para tener razón en todo. Prueba de ello era que, mientras ella caminaba llena de coraje en medio del frío y de la nieve, él se quedaba postrado en el calor del lecho, inmerso en lamentaciones y asqueado de sí mismo.

Por fin oyó pasos, pero eran los pasos de dos personas, una de ellas un hombre. La llave giró en la cerradura.

—Pase, doctor.

No entendía por qué había traído consigo a un médico, a menos que no fuera para ella, sino para él. ¿Y si había ido a buscar a un alienista, con la idea de hacer que lo internasen?

Entraron en el salón y cerraron la puerta tras ellos, de modo que Bouin no lograba oír más que un murmullo apagado. Así siguieron las cosas durante un buen rato y, entretanto, Bouin se esforzaba en vano por enterarse de lo que ocurría. Después de todo, el hombre a quien ella había llamado doctor a lo mejor era un veterinario.

Por fuerza tenía que serlo. Marguerite había traído consigo a un veterinario para que curase al loro. Bouin no se equivocaba: cuando se abrió la puerta del salón, y luego la de la calle, se precipitó hacia la ventana, desde donde pudo ver a un hombre de espaldas que se llevaba la jaula con la funda acolchada que le ponían por las noches.

De regreso en la cama, aguardó un poco hasta que al final se quedó dormido.

Más tarde le llegaron ruidos familiares que parecían venir de muy lejos, como si procedieran de otro mundo. Reconoció los pasos de la vieja por el suelo de la habitación y oyó el ruido que hacía un plato o una taza al chocar contra el mármol de la mesilla de noche.

Mantuvo los ojos cerrados y los pasos se alejaron; Marguerite estaba bajando la escalera. Mientras permanecía inmóvil, notó que de la frente le brotaban lentamente gotas de sudor. Aquello no tardó en convertirse en un juego: trataba de adivinar de qué lugar saldría la siguiente gota, ya fuera cerca de una de las sienes, ya fuera en medio de la frente. De tanto en tanto, salían también cerca de las ventanillas de la nariz.

Al abrir los párpados, descubrió el cuenco, que aún humeaba ligeramente.

Sin embargo, no tenía hambre y se negaba a tocar los alimentos que ella le llevara por sentido del deber o por compasión.

¿Quién sabe si su mujer no albergaba la intención de deshacerse de él como se había deshecho del gato?

Aquella fue la primera vez que esa idea, vaga aún, le rondó por la cabeza, aunque no se la tomó realmente en serio: era una consecuencia de su estado febril y de los efectos del vino.

«Le vendría tan bien, pues heredaría la pensión sin verse obligada a soportar durante más tiempo mi presencia en la casa».

En todo aquello había una contradicción que prefería pasar por alto, pues si ella se había casado con él para no estar sola y para asegurarse una ayuda gratuita en caso de necesidad, ¿qué interés podía tener en que él desapareciera?

Pero ¿pensaba ella en lo que hacía? ¿No estaba acaso llena de odio? Un odio que no había aparecido aquella mañana ni guardaba relación alguna con el loro, sino que se remontaba muy atrás; un odio que, por estúpido que pareciese, tal vez era anterior al momento en que se conocieron.

No pudo por menos de recordar la frialdad y la dureza de su mirada cuando, tras una larga vacilación, se tendió por fin sobre ella con la intención de hacer el amor. En el momento en que la penetró, no sin dificultades, todo el cuerpo de Marguerite se tensó de improviso, como si rechazara al hombre por instinto.

Durante un minuto más o menos esperó a que ella se relajara, pero comoquiera que no lo hizo, sino todo lo contrario, él acabó retirándose, avergonzado y balbuciendo disculpas.

—¿Por qué? —indagó ella en un tono duro.

—¿Que por qué me disculpo?

—¿Por qué no continuas hasta el final? Me he casado contigo y es mi deber soportar esto también.

Aquel «también» le había vuelto muchas veces a la memoria. ¿Qué quería decir exactamente? ¿Qué otras cosas soportaba por sumisión cristiana? ¿Sus puros? ¿Sus

modales poco refinados? ¿El hecho de compartir la misma habitación?

En el primer piso había dos habitaciones vacías. Una se utilizaba como trastero y la otra, su antigua habitación de soltera, que ella debía de considerar un santuario, se conservaba intacta hasta en los menores detalles. Sólo se la había enseñado una vez, desde el umbral, sin invitarlo a pasar, y la puerta siempre permanecía cerrada con llave. Marguerite no debía de abrirla más que cuando él estaba ausente o, por lo menos, eso era lo que Bouin suponía.

Ella se encontraba en la cocina y, a pesar de su aflicción, estaba comiendo.

Por su parte, él trató de vencer su embotamiento y, apoyándose en un codo, cogió el cuenco que contenía el caldo de verduras, que se había quedado tibio.

Después de olisquearlo, lleno de desconfianza, mojó los labios en él y le pareció que el líquido tenía un sabor inusual.

¿Estaría también él fingiendo un poco? Porque en el caso de que ella quisiera envenenarlo no era probable que lo hiciera inmediatamente después de la muerte del gato ni después del incidente del loro.

Aun así, se levantó y, sin calzarse siquiera las zapatillas, vació el contenido del cuenco por el retrete. Luego se contentó con comerse a pequeños mordiscos el biscote que se hallaba en el plato.

No tenía apetito. No se había afeitado, ni duchado, y olía mal.

Aquella fue una de esas tardes pesadas que luego uno expulsa de la memoria. Se durmió y se despertó varias veces, en una de ellas cuando la noche ya había caído y la farola iluminaba el callejón.

Aunque aguzó el oído, no pudo oír nada. Durante más de un cuarto de hora permaneció al acecho, y cada vez estaba más seguro de que se hallaba solo en casa. Intuía que Marguerite había salido. Se sentía abandonado a sus propias fuerzas y la inquietud se apoderó de él.

Por último, decidió bajar de puntillas. En el salón no había luz y la chimenea estaba apagada. Hacía mucho frío. La ausencia de la jaula creaba una sensación de vacío, de tal modo que la sala parecía más grande y el piano desproporcionado.

Tampoco había luz ni en el comedor ni en la cocina, pero todo se hallaba limpio y en orden.

Aunque no le apetecía, se obligó a apurar otro vaso de vino, que le pareció acre. Luego, se apresuró a subir a la habitación, por miedo a que su mujer lo sorprendiese en la planta baja. Nunca se había preocupado tanto de los actos y los gestos de Marguerite, que de pronto cobraban una importancia desproporcionada.

Pese a que volvió a dormirse, la oyó entrar: ¡hasta tal punto estaban acostumbrados ambos a los ruidos de la casa y al menor desplazamiento de aire!

Marguerite no encendió la chimenea; quizá ya no quedaran leños cortados en la bodega pues, desde hacía tres días, las provisiones debían de haberse agotado. Ella permaneció un rato en la cocina y luego subió y estuvo un rato delante de él, contemplándolo a la luz de la bombilla de la escalera.

Él fingió dormir y ella se llevó la taza y el plato. Luego, él tuvo que ir al cuarto de baño y estuvo a punto de no tirar de la cadena para que su paso por allí no fuera advertido.

Una vez más volvió a dormirse. No se dio cuenta de que ella se acostaba, pero cuando Bouin se despertó en plena noche, oyó su respiración regular.

El día siguiente transcurrió de la misma manera. Marguerite salió un par de veces, la primera para hacer la compra y la segunda, probablemente, para acudir a casa del veterinario, como quien va a visitar a un enfermo al hospital.

¿Iba a morirse *Coco*? No era eso lo que él deseaba, por más que le horrorizase imaginar sus futuros diálogos silenciosos en el salón en presencia del animal con la rabadilla desplumada.

Bouin aprovechó la ausencia de su mujer para bajar y comer un poco de pan. Por la tarde, se sintió peor y la vio frente a él como en sueños, con el rostro inexpresivo y la misma frialdad en la mirada que cuando se tendió ingenuamente sobre ella.

—¿Quieres que avise al doctor? —Bouin negó con la cabeza—. ¿Necesitas algo? —Él volvió a mover la cabeza negando. No estaba fingiendo, en verdad se hallaba muy lejos de ella, en un mundo incoherente.

Marguerite volvió a salir sobre las cinco y él aprovechó de nuevo para bajar y comer algo. Las piernas apenas le sostenían, la cabeza le daba vueltas y tenía que agarrarse a la barandilla como alguien muy enfermo que temiera caer hacia delante.

Encontró una loncha de jamón en la nevera y se la comió cogiéndola con los dedos. Luego se tomó un trozo de queso. Aquélla era la cena de Marguerite, pero a ella siempre le quedaba la posibilidad de ir a comprarse alguna otra cosa.

Al día siguiente, se dio cuenta de que era domingo por el silencio. El universo entero permanecía inmóvil y sólo se oía el tañido de unas campanas a lo lejos.

Ella se había ido a misa. Bouin se encontraba mucho mejor y estaba hambriento, pero, sobre todo, necesitaba librarse de aquel olor a sudor y afeitarse. Aunque estaba más débil de lo que creía, se dio una ducha. Las manos le temblaban mientras se pasaba la cuchilla de afeitar por las mejillas.

Sorbió dos huevos pues para freírlos habría tenido que utilizar la sartén o una cazuela y no se veía con ánimos de lavarla después.

¿Cómo sería la relación entre Marguerite y él ahora que ya no iba a tener que guardar cama?

Tras ponerse un pijama limpio y la bata, bajó a la bodega, cortó leña, luego la llevó al salón y por último encendió el fuego en la chimenea. Abrió los postigos como para anunciarle a su mujer que se había levantado, así ella estaría sobre aviso antes de entrar en casa y eso le concedería un tiempo para decidir qué actitud tomar.

Era ella quien debía escoger, no él. Después de todo, la casa pertenecía a Marguerite y la mayor parte de los muebles eran también suyos. Muchos se hallaban ya en el mismo sitio cuando ella nació. Aunque habían vivido juntos más de treinta

años, Frédéric Charmois sólo estuvo de paso y no dejó demasiados rastros, salvo un puñado de fotografías y un violín, guardado bajo llave en un armario.

Aprovechando la ausencia de Marguerite, Bouin podía haberse marchado llevándose sus cosas consigo, para las que una carretilla bastaría. Había barajado esa posibilidad, desde luego, y en cuanto se recuperase volvería a barajarla.

Bouin era presa de la ansiedad. Los minutos y los segundos discurrían con lentitud. De repente, oyó el ruido de la llave que tanteaba antes de introducirse en el cerrojo y producir el clic habitual. Si en varios años se había acostumbrado hasta ese punto a los ruidos, a los olores y a los estremecimientos del aire en aquella casa, ¿cuál no sería el efecto que el menor cambio debía de surtir en Marguerite, que había vivido allí los setenta y un años de su vida?

Ella entró en el comedor en el que nunca habían comido juntos pero donde, tiempo atrás, una familia se reunía alrededor de la mesa ovalada, bajo la lámpara de petróleo que luego se transformaría en luz de gas y en una bombilla eléctrica.

Luego fue a la cocina. No permaneció allí mucho tiempo, pero abrió la nevera y, por consiguiente, descubrió que él se había comido dos huevos.

Subió y se metió en su habitación de soltera. Él se impacientaba, y se iba llenando de resentimiento contra ella por tenerlo en vilo. ¿Acaso no lo hacía adrede, para castigarlo?

La habitación de arriba estaba guarnecida con cretona floreada. En un rincón había un pequeño escritorio con la tapa de doble vertiente, donde, cincuenta años atrás, ella tal vez le confiara a un diario sus pensamientos y emociones de jovencita.

Si él la hubiera conocido en esa época... Pero por aquel entonces él no era más que un peón de albañil de modales rudos a quien ella no habría dirigido ni una mirada.

Se oyó el ruido de una portezuela al cerrarse: se trataba del ingeniero, que ponía el motor del coche en marcha y entraba en su casa para recoger a su familia. En aquella época del año no acostumbraban salir al campo, así que seguramente irían a pasar el domingo a casa de los padres de uno de los dos esposos, o a la de un hermano o una hermana, en los suburbios o dondequiera que fuese.

Todo el mundo vive en un círculo más o menos restringido: el círculo en que Marguerite y él se movían se reducía a las cuatro paredes de aquella casa donde siempre se encontraban los dos solos.

Jamás tuvo esta sensación cuando vivía con Angèle, tal vez porque casi nunca se quedaban en casa, salvo para algunas comidas y para hacer el amor y dormir. Sin embargo, tenían pocos amigos. Cuando salían, iban a cualquier sitio y, mezclados entre la multitud, nunca se sentían solitarios.

¿Acaso Bouin se sentía solo cuando vivía enfrente y no disponía más que de una habitación y un cuarto de baño? Ni siquiera pensaba en la soledad, tampoco estaba ni triste ni melancólico y jamás tenía la angustiosa sensación de moverse en el vacío.

Aquí, en cambio, a veces se preguntaba si los objetos, los muebles y las baratijas eran reales. Todo se hallaba en su sitio, de forma inmutable, para siempre jamás.

Cuando Marguerite se ponía a ver la televisión, a veces la espiaba de reojo; ella permanecía tan inmóvil que incluso le sorprendía oírla respirar.

Fue ella quien quiso que él se quedara en aquella casa, por miedo a esa inmovilidad, a ese silencio. Cuando ambos se sentaron en la cocina a tomar una copa de aquel licor empalagoso, de pronto ella se dio cuenta de que algo había cambiado, de que un soplo de vida había entrado en su hogar.

Para que aquel hombre se quedara allí, para poder permanecer juntos sin estar en pecado, tuvo que casarse con él y, un buen día, se dieron cuenta de que formaban una pareja, una pareja de viejos decrepitos, eso sí. Las personas con las que trataban, los vecinos, los proveedores, ¿acaso no los juzgaban grotescos o dignos de lástima?

¿Qué no habrían pensado entonces, con más razón todavía, si hubieran podido verlos a los dos solos en casa?

Se cerró una puerta, se oyó ruido de pasos y luego el de otra puerta al cerrarse. Bouin esperó a que ella bajase la escalera. Cuando llegó al pasillo, vaciló hasta que, por último, entró en el salón, tensa e inexpresiva, y le hizo frente. Sus miradas se cruzaron, sin calor ni contacto posible. Sujetándolo con la punta de los dedos delgados y temblorosos, le tendió un pedazo de papel.

Él tardó un poco en leerlo. Cuando por fin bajó los ojos hasta el papelito, ella ya se dirigía hacia su sillón, del que recogió la labor antes de tomar asiento.

«Tras darle muchas vueltas, creo que, como católica, no puedo contemplar la posibilidad del divorcio. Ante Dios somos marido y mujer y debemos vivir bajo el mismo techo. Sin embargo, nada me obliga a dirigirte la palabra, de modo que te ruego encarecidamente que, por tu parte, también tú te abstengas de hacerlo».

Había firmado como Marguerite Bouin, con una caligrafía alargada y regular que le habían enseñado en el colegio de monjas.

El juego acababa de empezar.

A la mañana siguiente, él se hizo la cama por primera vez desde que vivía en aquella casa, mientras ella se hacía la suya.

No era su intención provocarla. Estaba repuesto y tenía la mente lúcida, y como ya no se dirigían la palabra, y el único vínculo que quedaba entre ellos eran sus firmas estampadas en el registro civil y en la sacristía, le parecía lógico no aceptar nada que procediera de ella.

Tal vez fuera una chiquillada, pero se trataba de algo importante para él.

Cuando vio que ella se disponía a salir a hacer la compra, escribió en un papel:

«Comeré fuera».

Puesto que él ya había decidido no comer nada que ella preparase, al evitarle cocinar para los dos no hacía sino obedecer a la más estricta honestidad.

Bouin almorzó en un restaurante del barrio, sin hablar con nadie. Luego evitó ir al café de la Place Denfert-Rochereau, donde se habría encontrado con algunos

conocidos.

Aunque no era consciente de ello, estaba ansioso por regresar y saber qué hacía ella. Cuando llegó a la casa de la plazoleta Sébastien Doise, descubrió que no había nadie, y no supo qué hacer. Se sentía desconcertado, antes nunca se habría planteado en qué emplearla su tiempo.

Eran las tres de la tarde. Abrió la nevera para tratar de averiguar qué había comido ella. Encontró restos de paté, dos patatas envueltas por separado y un cuenco con judías verdes.

Los dos días anteriores Marguerite había salido de casa más tarde; ¿acaso eso significaba que hoy se había marchado a algún otro sitio?

Pese a que no tenía motivos, estaba preocupado. Subió al primer piso, abrió el guardarropa y descubrió que ella no se había puesto el abrigo de lana sino el de astracán, que habitualmente sólo se ponía los domingos.

Cuando su mujer regresara no podría hacerle preguntas, y tendría que limitarse a espiarla e intentar adivinar.

¿Se habría muerto el loro?

Estaba arrepentido por lo que había hecho, aunque no lo habría admitido por nada del mundo. ¿Se había arrepentido ella de haber envenenado al gato?

Cuando Marguerite regresó, él estaba leyendo el periódico frente a la chimenea encendida. Ella subió al primer piso, después bajó a la cocina y no hizo más que una breve irrupción en el salón para coger la labor.

¿Iba ella a instalarse en el comedor o en la cocina que no se hallaba caldeada?

No había nada con que llenar las horas, ni colores, sombras ni luces, tan sólo pensamientos de los que uno no puede enorgullecerse y preguntas fútiles, cuando no directamente ridículas.

«¿Y si ella intenta envenenarme? ¿Me entristecería que ella muriera?», se preguntaba Bouin de repente.

No, no se sentiría triste, ni tampoco desgraciado, aunque era probable que la echase en falta. No le gustaba ver que las personas morían, pero no tanto porque las quisiera, sino porque le horrorizaba la muerte.

A su edad, ¿qué posibilidades tenían uno y otra de vivir mucho tiempo más?

A veces, cuando se quedaba dormido boca arriba, cruzaba las manos sobre el vientre y, si se percataba de ello antes de hundirse profundamente en el sueño, se apresuraba a cambiar de postura, porque ésa era la que se les daba a los muertos antes de ponerles un rosario entre los dedos.

¿Dónde instalarían la capilla ardiente? ¿En la habitación? ¿En el salón?

Podía imaginarse la situación con toda clase de detalles, incluso fantaseaba con la llegada del féretro, que olía a madera recién cortada.

No quería ser el primero en morir pero tampoco quería que ella muriese.

Lo mejor era pensar en otra cosa, de modo que decidió salir a callejear a pesar del frío y del cierzo, que había llegado tras la nieve y estaba barriendo las nubes del cielo

a toda velocidad.

Comoquiera que Marguerite se encontraba en la cocina, no se atrevió a ir a tomarse allí un vasito de vino. Y puesto que la casa de Nelly no quedaba muy lejos, decidió hacerle una visita, aunque a diferencia de lo que había sucedido en otras ocasiones, ahora no albergaba intenciones concretas.

Hacía mucho tiempo que conocía a Nelly, más de diez años, tal vez quince. Solía acudir ya a su pequeño café de la Rue des Feuillantines cuando aún vivía su marido, a quien todo el mundo conocía con el nombre de Théo.

Sobre el escaparate estrecho y sombrío, podía leerse en letras amarillas con un fondo marrón: AU PETIT SANCERRE.

Al entrar se bajaba un peldaño de piedra azul; el suelo era de baldosas rojas sobre las que siempre había serrín. La barra se encontraba al fondo del local, cerca de la puerta acristalada de la cocina, que quedaba oculta tras una cortina.

Cuando Théo vivía, la clientela estaba compuesta sobre todo de parroquianos, que llenaban el local a cualquier hora del día. Los primeros en acudir, a primera hora de la mañana, eran los albañiles, que se tomaban un café o apuraban un vaso de vino blanco antes de encaminarse hacia la obra donde trabajaban; luego llegaban los pequeñoburgueses del barrio, los comerciantes y los artesanos, que apreciaban los vinos del Loira y el buen humor de Théo.

El rostro de Théo tenía casi el mismo tono que las baldosas. Su mayor ocupación consistía en desaparecer, sobre las diez de la mañana, por la trampilla que se hallaba detrás de la barra, para bajar a la bodega, donde se dedicaba a embotellar el vino. Su mujer, que lo sustituía se colocaba justo encima de la trampilla.

—Así te aseguras de que no se escape —le decían en broma.

Nelly era una joven de buen ver, veinte años más joven que Théo. Ya en aquella época, Bouin distaba mucho de ser el único que sacaba provecho de su temperamento, pues la joven siempre estaba dispuesta a hacer el amor con la misma naturalidad con que los clientes apuraban una copita. Un día, Émile le preguntó por qué nunca se ponía bragas.

—¿Y arriesgarme a perder una oportunidad? —replicó ella, guasona pero sincera.

Es cierto que la presencia casi constante de Théo, unida al hecho de que el café estuviera abierto a todos y a la topografía del lugar, convertía los ejercicios amorosos en algo tan difícil como breve.

Por la mañana temprano, a eso de las ocho, aún resultaba sencillo, porque Théo acostumbraba ir de compras por el barrio. Bastaba con echarle una mirada a Nelly, que se hallaba indolentemente acodada en la barra, para que ella comprendiera y contestase a su vez con otra mirada, que podía significar que sí o que no, aunque casi siempre era afirmativa.

Poco después, se dirigía a la cocina y Bouin la seguía. Con la puerta acristalada cerrada, podía verse si alguien entraba al café a través del tul de la cortina, mientras que a ellos nadie podía verlos.

Con todo, tenían que quedarse de pie en un lugar concreto. Tras arremangarse con un ademán tan natural que ni siquiera parecía indecente, ella tendía una grupa blanca y carnosa.

¿Gozaba Nelly realmente o sólo lo fingía? Aunque se lo había preguntado muchas veces, jamás había obtenido respuesta. Si siempre se hallaba tan dispuesta, ¿no sería que nunca se sentía del todo aliviada?

Si llegaba algún cliente o el mismo Théo, la maniobra era fácil; bastaba con salir por otra puerta, que daba al corredor del edificio, y desde ahí ganar la calle.

Seguramente ella había envejecido desde la primera vez que Bouin se atrevió a cortejarla, pero como él también se había hecho viejo, no se daba demasiada cuenta.

—Un sancerre.

—¿Lo quieres grande?

Nelly había surgido desde el fondo de la cocina, donde había puesto una cazuela al fuego. Iba calzada con unas zapatillas azules y se pasaba la mano por el cabello, que se le deslizaba una y otra vez sobre las mejillas.

—Creía que te habrías muerto.

Obsesionado como estaba por la idea de la muerte, la de *Joseph*, la del loro tal vez y puede que también la suya propia, que podía sobrevenir el día menos pensado, no era el mejor momento para mencionar esa palabra.

—¿Es verdad que te has vuelto a casar?

Tenía la mirada húmeda y unos labios carnosos y rosados que, al entreabrirse, dejaban ver unos dientes todavía bonitos. Acodada en la barra, con la barbilla apoyada sobre las manos, ofrecía el hueco de sus pechos blancos a la mirada de Bouin.

Siempre la había visto vestida de negro, e incluso a Bouin le pareció que después de tantos años llevaba el mismo vestido.

—Sí, es verdad.

—Dicen que has hecho un buen matrimonio, con una mujer rica, que es la dueña de una calle entera...

Aquel tema de conversación tampoco le gustaba.

—Ponme otro —dijo después de apurar la copa de vino—. Y tú, ¿no tomas nada?

—Me tomaré un vinito blanco con cassis.

No sabían muy bien de qué hablar. Él se preguntaba si iba a hacerle la señal acostumbrada.

—¿No es la señora mayor, menuda y vestida de malva, con quien te vi este otoño en la Rue Saint-Jacques?

Aquel día debía de lucir el sol, porque el traje de chaqueta malva de Marguerite era bastante ligero. Solía llevarlo con un sombrero blanco.

—Cómo pasa el tiempo, ¿eh? Lástima que no te dejes ver más a menudo. ¿Te has jubilado?

—Hace ya bastante tiempo.

—Pues esto está muy tranquilo. Los antiguos clientes desaparecen poco a poco y a los jóvenes no les gustan los sitios como éste, que les parece anticuado, y tienen razón. Hay días en que me pregunto qué me impide dejar la llave debajo del felpudo de la puerta y marcharme a pasar lo que me quede de vida en el campo.

¿Qué edad podía tener Nelly? Suponía que la primera vez que la siguió a la cocina debía de rondar la treintena. Théo había muerto de una embolia siete años atrás. Pensó que actualmente rondaría los cuarenta y cinco, y aún no tenía arrugas.

Su conducta no había cambiado al enviudar. Aunque era libre y no tenía que rendir cuentas a nadie, nunca lo invitó a subir a su habitación, él jamás la vio desnuda y sus relaciones no perdieron su carácter furtivo.

Aunque ella pertenecía a todos, casi como si hubiera sido una ramera, ello no impedía que sintiera la necesidad de reservarse un espacio para sí misma, un coto privado donde no admitía a nadie más.

—Te has adelgazado.

—Un poco, sí.

—¿No te encuentras bien?

—Acabo de pasar la gripe.

—¿Te preocupa algo? ¿No será que no te va bien con tu mujer?

—No, me va bien.

Lo miró como si pudiera leer los pensamientos de Bouin; también su gato solía mirarlo de esa forma.

—¡No le des más vueltas! —exclamó ella como para zanjar unas confidencias que él no le había hecho.

Ella se enderezó y le hizo la famosa señal, un guiño y un movimiento apenas perceptible de la cabeza. Él no se atrevió a negarse; puesto que había entrado en el Petit Sancerre, ¿no era previsible que aquello sucediera? ¿No era por eso por lo que había ido? ¿Acaso no constituía una suerte de examen?

Mientras la seguía, ella lo miraba, riéndose.

—Confiesa que no lo tenías claro: ha habido un momento en que me ha parecido que ibas a rechazarme, no parecía que tuvieras ganas de juerga.

Déjame comprobar si sigues siendo el mismo.

Nelly parecía divertirse. Puede que su secreto fuera ése: tal vez el afán de reírse un poco de los hombres era lo que la impulsaba a aceptar tan fácilmente las caricias de éstos y a provocarlos con ese tranquilo descaro.

—¡Bueno! ¡Esto está mejor! —exclamó ella.

Bouin pensó que no lo conseguiría, pero se hallaba de nuevo en un vientre conocido, como quince años atrás, cuando era más joven, como cuando Angèle vivía, como antes de casarse con Marguerite...

De repente, lo asaltó un pensamiento pueril: le habría gustado que apareciese su mujer y que lo viera en ese preciso instante. Era en ella en quien pensaba, en el traje

de chaqueta malva que acababan de mencionar, en su rostro inexpresivo de ayer y de esa misma mañana.

Desde aquel bar, la casa de la plazoleta Sébastien Doise se le antojaba irreal, como también la propia Marguerite y sus antepasados Doise, el hombre con reloj de cadena y el fundador de las galletas, el marido que se iba a la Ópera trajeado y con su violín, la penumbra que reinaba en las habitaciones, el fuego del hogar desprovisto de alegría y las veladas pasadas en silencio y en medio de la oscuridad, frente al televisor.

Le habría gustado que su intimidad con Nelly durase mucho tiempo, para que aquel estado de ánimo persistiera.

—¿Estás vigilando la puerta? —preguntó ella, jadeante.

Porque era él quien debía asegurarse, mirando a través de la cortina, de que no entraba nadie.

—Sí.

Bouin se detuvo y, mientras recobraba el aliento, Nelly se arregló la falda.

Se había acabado, ahora no quedaba sino una cocina apenas más iluminada que la de su casa y un olor a puerros mezclado con el tufo a sudor y a las vaharadas de vino que impregnaban todo el edificio.

—¿Estás satisfecho?

—Gracias.

Era sincero, y le habría gustado mostrarle su agradecimiento. Después de todo, ella le había dado placer infinidad de veces, sin pedir ni esperar nada a cambio.

Después de haber gozado de ella, como había hecho él, otros hombres debían de tacharla de puta cuando estaban en compañía de los amigos. Émile, en cambio, sentía por Nelly afecto y gratitud, y le habría gustado hablar más tiempo con ella, subir a su habitación y compartir su verdadera intimidad.

Cuando enviudó, varias veces había contemplado casi en serio la posibilidad de casarse con ella, puesto que Théo ya había muerto. Sin embargo, le incomodaba pensar en los hombres que habían desfilado, como él, por aquella cocina. Sospechaba que ella nunca sería una mujer fiel. Pero ¿acaso Angèle le había sido fiel? No tenía la menor idea y, a decir verdad, prefería no pensar en ello.

Lo que más le gustaba de Nelly era su autenticidad, y Bouin sabía de sobra a qué se refería. La apreciaba mucho y ahora se arrepentía de haber estado tanto tiempo sin visitarla. Si hubiera acudido con más regularidad al Petit Sancerre tal vez no se habría dejado hechizar, pues estaba convencido de haber sufrido un hechizo que le había hecho perder todo contacto con el mundo. En la calle se cruzaba con personas, pero no las veía. No se daba cuenta de si se trataba de una mujer o de un niño, si lo que oía era una risa o un llanto.

Vivía en un mundo fantasmagórico, a la vez definido e inconsistente.

Conocía de memoria la más insignificante de las flores del papel pintado del salón, las manchas de la época en que Charmois aún vivía, las fotografías, el peldaño

de la escalera que crujía y la resquebrajadura de la barandilla.

También se sabía de memoria cómo era la luz que entraba en la casa en cada momento del día y en cualquier estación. Y el rostro de Marguerite, su cuerpo delgado, los labios más finos aún, la piel demasiado blanca y casi transparente del pecho que veía cuando se desnudaba por las noches.

Estaba obsesionado por todo ello. Se había dejado encerrar y ahora estaba preso de por vida. No debía haber quemado la notita de Marguerite, porque el texto resultaba de lo más elocuente: ella lo consideraba de su propiedad y le impedía recobrar la libertad en nombre de la religión.

—¿En qué piensas? —le preguntó Nelly.

—En nada en concreto —contestó al tiempo que se esforzaba por sonreír.

—Sin embargo, tú no eres de los que se ponen tristes después de hacer el amor.

¡Qué amabilidad por su parte decir eso!

—Muchos hombres después se avergüenzan y ni se atreven a mirarla a una...

¿También hay mujeres así?

A punto estuvo de contestar que conocía por lo menos a una así y que, además, ésa sentía vergüenza incluso antes de empezar. Pero, a grandes rasgos, Nelly tenía razón, pensó mientras trataba de recordar.

—Es posible que nosotras seamos más realistas —apuntó ella.

En ese momento entraron dos clientes que, a juzgar por sus batas grises, debían de ser cerrajeros o tipógrafos.

—Dos vinitos blancos.

Después de saludar con la mano, y de mirar a Émile a hurtadillas, prosiguieron con su conversación.

—Y, entonces, lo miré a los ojos, como te estoy mirando a ti ahora, y le dije:

«Oiga. ¿Sabe qué le digo? ¡Que la reparación se la puede hacer usted mismo!».

Oye, increíble, ¿no?... ¡Veinte francos por un trabajo que me habría llevado más de tres horas!

Nelly le hizo un guiño a Bouin y, como entraba ya poca luz, alargó el brazo para darle al interruptor.

—A tu salud, Justin.

—A la tuya.

Aquellos dos hombres debían de rondar los sesenta. Todavía no sospechaban a qué velocidad iban a envejecer.

—¿Cuánto te debo?

—Tres sancerre y un vinito blanco con *cassis*... Para ti, serán dos francos con ochenta; para ti y para cualquier otro, por cierto.

Bouin volvía a estar en contacto con la calle, el viento, las luces, los escaparates, los olores, las tiendas. Y también restablecía el contacto con los hombres, las mujeres, los niños, a los que arrastraban por la mano, los bebés, a los que empujaban

en sus cochecitos. Siempre habían estado allí y allí seguirían. La vida discurría a su alrededor, pero él no tenía la sensación de estar inmerso en ella.

Se había convertido en un extraño, y a Marguerite eso le había sucedido antes que a él. Aunque quizás ella hubiera sido siempre una extraña; de hecho, la niña vestida de punta en blanco que había visto en la fotografía, ¿no estaba ya fuera de este mundo?

Al contemplar la fotografía, a uno le entraban ganas de zarandearla y decirle: ¡Abre los ojos! ¡Abre los ojos y deja que despierten tus sentidos!

¡Acaricia las cosas! Los árboles, los animales, los hombres... Luce el sol, cae una lluvia fina y reparadora, va a nevar, nieva, el viento se levanta... ¡Sientes frío, tienes calor, estás viva y vibras!

Bouin iba andando como un autómatas, con la cabeza baja y sin necesidad de mirar por dónde caminaba, como un caballo viejo que regresa al establo.

Al doblar la esquina del callejón, se adentró en el silencio. No había muchas ventanas iluminadas, pero en las que lo estaban brillaba un resplandor mortecino. Dejó atrás una casa, y luego otra; nada distinguía unas de otras. Ahí estaba la última y, delante del muro que cerraba el callejón, ahí estaba también la fuente con el hombrecillo desnudo y el pez que escupía agua sin cesar...

Se sacó la llave del bolsillo, sorbió antes de abrir, se sonó y, de paso, se enjugó la mejilla húmeda.